



LA ILUSTRACIÓN CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

ÉPOCA 3.^a — AÑO VIII. — TOMO VI.

NÚMERO 37. — Madrid 5 de Julio de 1883.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO.	
Seis meses.....	2 ½ ps.
Un año.....	4 »

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EXTRANJERO.	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y MÉJICO.	
Seis meses.....	3 ½ ps.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO. — Revista, por Nulema. — Crónica, por D. Tsern. — El duelo, por Blas. — Del poderoso influjo de la lectura sobre las costumbres, artículo segundo, por Mariano Nogués. — La pluralidad de mundos habitados, desde el punto de vista teológico, por B. Illy. — Repoblación de los montes. — Bibliografía: Dos informes de la Academia de la Historia, por Aureliano Fernández Guerra y Juan de Dios de la Rada y Delgado. — Breve noticia de la Misión de la Australia Occidental confiada al Ilmo. y Rmo. Sr. D. Martín Gríver, Obispo de Perth, por el Rector de la Buena Dicha. — Los grabados. — El mártir de un secreto, continuación, por Raúl de Navey. — Revista de conocimientos útiles. — Feroglífico. — Advertencias. — Anuncios. GRABADOS. — Excmo. é Ilmo. Sr. D. Cosme Marrodán y Rubio, Obispo de Tarazona. — La solemne coronación del Czar de Rusia en la antigua ciudad de Moscu. — Fr. Jerónimo de Luna, más conocido por Guadalupe, célebre escritor de ciencias eclesiásticas en el siglo XVI.

REVISTA

Ya ha entrado el verano de Madrid, ese verano *sui generis* que se caracteriza por el aburrimiento de todo el mundo, por un calor seco y ardoroso, como el de un horno de metales; una atmósfera cargada de malos vapores, que por las tardes se convierte en calina angustiosa, que fatiga el pecho, nubla los ojos y llena el ánimo de ideas melancólicas; una despoblación que ni la de una ciudad apestada, donde la gente se esconde para que no la vea ni el sol; un sueño de población, en fin, que se parece mucho á la muerte, hasta el punto de participar, por efecto de las ventilaciones domésticas y de los estragos del calor, de sus malos olores.

Yo no sé lo que hubiera sido hoy Madrid sin la traída de las aguas del Lozoya. Sin los árboles que ahora sombrean muchas de sus calles y casi todos sus paseos; sin la abundancia de fuentes que ahora limpian y refrescan sus establecimientos públicos y la mayoría de sus casas nuevas, hubiera sido un trasunto del desierto de Sahara, sin otro oasis que el Retiro, con su correspondiente colección de fieras.

El Madrid antiguo, aunque más escaso de aguas, tenía menos población y sus calles eran más estrechas, lo cual debía mitigar los rigores de su clima, acaso el peor de España, según el conocido refrán: «Once meses de invierno y uno de infierno.»

Porque es indudable que las calles estrechas, casi cerradas con amplios aleros, contribuían á moderar y regularizar el clima de las poblaciones antiguas; en invierno las preservaba de los fuertes vientos, manteniendo, por decirlo así, el calor de los hogares apiñados, y en verano evitaban que penetrasen los rayos del sol, conservando con una sombra suave y continua una temperatura fresca y primaveral.

Con esta disposición están construídas casi todas las ciudades antiguas: estrechas las calles y anchas las casas; al contrario que ahora, en que se ensanchan las calles y se reducen las habitaciones, como si los hombres hubiesen cambiado de naturaleza, y en vez de vivir en hogares, formando familias, debieran vivir en corrales ó jardines constituyendo rebaños ó colecciones zoológicas.

En este concepto, y á pesar del Lozoya, Madrid empeora, porque las casas son tan pequeñas, que las familias se ahogan de calor en este tiempo, y las calles tan anchas, que las inunda el sol con sus rayos y las hace intransitables.

Como no se traiga á Madrid otro río más caudaloso que el Manzanares, dado el aumento de población, llegará tiempo en que la capital de España no será habitable más que en invierno. Toda población necesita un caudal de agua proporcional al número de sus habitantes, y los de Madrid son muy superiores al caudal de sus fuentes, incluyendo en ellas su pobre río, que trae ahora menos agua que la de la Puerta del Sol.

Madrid crece, sin que su desarrollo esté en armonía con sus elementos de vida: crece como esos niños prematuros que llevan en su mismo crecimiento la causa de su ruina.

Si las hordas revolucionarias no aplican ántes á la capital de España los descubrimientos fulminantes ensayados en París, Madrid se encontrará, con el tiempo, como un pez en seco, angustiado y agonizante por la crisis del agua.

O Vulcano ó Neptuno serán los futuros vencedores del oso madrileño.

A pesar de lo avanzado de la estación, los padres de la patria no abandonan el hogar de su familia, que es el Parlamento.

En el Congreso siguen discutiéndose los presupuestos; pero, atendida la monotonía del asunto, no faltan diputados jóvenes que promueven incidentes ruidosos contra los ministros, renovando con estas tempestades el aire de la Cámara, cargado de guarismos.

Aún no se había limpiado el sudor de la batalla el ministro de Gracia y Justicia, arrollado por el Sr. González Fiori, cuando el ministro de la Gobernación se vió acometido por el Sr. Montilla, trabándose una pelea que ni la de Don Quijote y el Vizcaino, descrita por Cervantes.

Referíase la acusación del señor Montilla á una subasta de mantas y sábanas para la nueva cárcel de Madrid, hecha sin las formalidades debidas. El Ministro se sacudió, como era natural, y terminado el incidente, continuó el debate, no sin que las mantas produjeran el calor consiguiente, tanto mayor, cuanto que son mantas para cubrir penados.

Pero donde los asuntos parlamentarios han tomado un carácter original es en el Senado: se discuten las leyes; pero al ir á votarlas, se retiran la mayor parte de los senadores y la aprobación queda aplazada por efecto de la *obstrucción* (así la llaman) de los senadores retraídos. Los enemigos del régimen parlamentario no podían haber ideado medio más eficaz de acabar con el sistema; y sin embargo, los senadores *obstruccionistas* pertenecen á los partidos más amantes del Parlamentarismo, lo cual prueba que no siempre el amor es buen consejero, ó que no siempre los consejos son inspirados por el amor. Sea como quiera, los *obstruccionistas* del Senado son una especie de nihilistas, que prefieren la ruina de la sociedad al triunfo de sus adversarios.

Obstruccionistas ó nihilistas son en este caso la espada de Atila.



EXCMO. É ILMO. SR. D. COSME MARRODÁN Y RUBIO
Obispo de Tarazona.

Egipto, exhumado de sus pirámides por las armas inglesas, no quiere volver á la oscuridad del olvido: terminada la guerra, asoma por las márgenes del Nilo la cabeza de un nuevo cocodrilo, el cólera morbo, harto conocido en Europa por la devastación de sus conquistas.

La noticia de su aparición ha causado gran terror en las naciones mediterráneas y en Inglaterra, pues Egipto se halla hoy tan en contacto con Europa, que casi puede decirse que mantiene con nosotros relaciones cotidianas. Por ahora, el foco de la epidemia, ó, como si dijéramos, su cuartel general, se halla en Damietta, ciudad del Bajo Egipto, á 158 kilómetros del Cairo; pero ya han ocurrido casos en las orillas del canal de Suez, surcado á toda hora por buques europeos.

Se dice, y no nos sorprende, que un cónsul inglés se opuso á ciertas medidas de precaución en Egipto por no lastimar los intereses del comercio, y que, por efecto de esta operación, el cólera se ha desarrollado con mayor extensión y nuevo empuje.

La prensa europea se ha escandalizado de este hecho; pero nosotros hace tiempo que conocemos á ese cónsul inglés y no puede sorprendernos su conducta de ahora, cuando le hemos visto provocar mayores catástrofes en Europa por no lastimar los fueros de la libertad ni poner trabas al progreso de la civilización moderna.

Ese cónsul es el progreso material; el que ha cubierto de ruinas á Europa para abrir paso al carro triunfal de la revolución cosmopolita; el que ha sembrado en las ruinas de las antiguas instituciones la semilla de la anarquía, arrancando á los pobres la esperanza del cielo y proclamando á sus oídos la brutal teoría de la explotación del hombre por el hombre; el que ha antepuesto los intereses materiales á los morales, y sobre el convento ha levantado el cuartel, y sobre la iglesia el teatro; el enemigo constante é implacable de toda vida moral y sobrenatural, del arte que embellece la vida humana, de la ciencia que la ilustra y de la Religión que la santifica; ese cónsul, en fin, es la civilización moderna, sentada sobre la cureña de un cañón, pisando la Cruz redentora, empuñando la tea socialista y proclamando á voz en cuello, con el coraje del odio y el aliento de la venganza, la doctrina de la anarquía demagógica, hace siglos proclamada en el paraíso para ruina del género humano. ¡Abajo toda autoridad! ¡Viva el hombre libre en la sociedad salvaje!

Al llegar á este punto de la revista, cae en nuestras manos un periódico con la circular de la Nunciatura de Madrid á todos los Obispos españoles, acerca de «las deplorables divisiones que separan á los católicos.» Es un documento notabilísimo, hábilmente escrito, donde sin lastimar á nadie se censura á todos los que han tomado parte en las «ásperas polémicas,» señalando el deber de cada uno para que surja la apetecida concordia, tan necesaria al bien de la Iglesia.

Leyendo con atención el precioso escrito, se ve que el Nuncio Apostólico ha estudiado muy á fondo el estado de la cuestión, y que se lanza á buscar la paz con la energía y la franqueza de un padre amoroso y justiciero.

Puede juzgarse de la energía de la circular por estas palabras que resumen sus observaciones acerca de la prensa:

«Si la prensa católica, dice, menospreciando los paternales avisos de la legítima autoridad eclesiástica, continuase desobedeciendo con pertinacia, lo que no es de creer, los Sres. Obispos de la provincia, procurando proceder de común acuerdo, adoptarán medidas más graves, según que el caso lo requiera, cuyas medidas harán respetar todos los demás Prelados en sus diócesis.»

Y no satisfecho aún de su tarea, añade el señor Nuncio:

«Si alguna duda surgiese acerca de las mismas instrucciones, ó las circunstancias exigiesen otras medidas, sírvase V. Ema. manifestármelo con toda franqueza, porque aprovechándome yo mismo de sus luces y sabias indicaciones pueda comunicarlas también á sus muy venerados hermanos y mantener siempre más estrecha é indisoluble la unidad de espíritu y de acción en todo el respetable episcopado de este ilustre país.»

Una triste observación para concluir con este asunto: la circular lleva fecha de 30 de Abril último; en todo este tiempo transcurrido, ni han cesado las ásperas polémicas, ni se ha dado un paso en la «apetecida concordia».

¡Cuán dura pesa sobre nosotros la justicia de Dios! ¡Cuán veros los frutos de su misericordia?

En el corto espacio de una semana han ocurrido dos catástrofes muy semejantes, una en Inglaterra y otra en Italia, que deben llamar la atención de los padres de familia. Dos teatros, donde se representaban espectáculos infantiles, y que se hallaban atestados de niños, lo han sido de escenas desgarradoras.

Habiendo estallado una alarma, los niños se precipitaron á la puerta y se deshicieron con la violencia del atropello y con la irreflexión de sus cortos años.

Aquí también han comenzado á celebrarse espectáculos infantiles en teatros cerrados, se han inaugurado bailes de niños, y aparte de las razones de educación moral que se oponen á estas fiestas, vienen ahora los avisos de nuevos peligros, que deben horrorizar á todos los buenos padres y sobre todo á las tiernas y cariñosas madres de familia.

Horrible y desgarrador debe ser el cuadro de una de esas alarmas entre personas adultas; pero más lastimoso aún y más triste deberá ser una catástrofe de esta clase en un público de niños, llevados al espectáculo por sus padres y no por su propia voluntad, y muertos ó mutilados en los umbrales de la vida por la imprevisión de sus familias.

Los niños no deben ir á esos espectáculos: el campo y los juegos de su edad son la mejor expansión de su actividad incansable: quédense las emociones teatrales para los adultos, y gracias que éstas sean tales, que aun á los mismos adultos no les causen efectos desastrosos.

Aquel Prado de los lechuginos de antaño, donde hacían sus conquistas los socios de *La Fontana de Oro* y los oficiales de la Guardia Real, el Prado tradicional de las tertulias veraniegas y de las murmuraciones cortesanías, de los coqueteos de las majas de D. Ramón de la Cruz y de los chisperos de Goya, ha perdido el último resto de su antiguo carácter bajo los rayos de la luz eléctrica.

A los faroles de aceite con que se alumbraron nuestros abuelos, sucedieron los de gas con que se alumbran nuestros padres; y á los faroles de gas, que parecían la última palabra del progreso moderno, suceden los de luz eléctrica que eclipsan al gas, rebajado á la categoría de luz reaccionaria y oscurantista.

Esta innovación de luz no se ha hecho sin discusiones y protestas; las mujeres, sobre todo, han censurado la reforma como atentatoria contra su hermosura natural, y más aún contra la artificial de sus tocados. Y no les falta razón: la luz eléctrica descompone las fisonomías más bellas, apaga los graciosos matices de la juventud y convierte en cadáveres las caras macilentas. No digamos nada del efecto que hace sobre las caras pintadas: el mismo demonio no podía haber ideado una luz más siniestra y más burlesca contra los afeites de las mujeres; una ráfaga de luz eléctrica puede ser un rayo que mate las ilusiones de cien galanes.

Un remedio tienen las aficionadas al Prado para contrarrestar la acción de la luz eléctrica: usar sombrilla. El Salón del Prado, poblado por la noche de sombrillas, sería un cuadro original y fantástico, muy en armonía con los gustos de nuestro tiempo.

A juicio de los hombres, la nueva iluminación del Prado tiene el defecto de ser demasiado fuerte: aquellos hermosos velones necesitan una pantalla. Al espaciarse la vista por la extensa planicie, los focos eléctricos la hieren con la viveza de su luz y causan una molestia continua en el ir y venir del paseo acostumbrado.

Las mujeres pueden usar sombrilla; pero los hombres necesitan la protección de una pantalla. Se dirá que con esto pierde la luz gran parte de su belleza: no lo negamos; pero sacrificar nuestra comodidad y tal vez nuestra vista á la belleza de la luz eléctrica se parece mucho á la conducta del Cónsul inglés que ha intentado sacrificar la salud de Europa á los intereses mercantiles de Inglaterra.

Un modesto, pero acaudalado comerciante de Madrid, el Sr. D. Eusebio de Guinea y Baranda, acaba de hacer una fundación digna de celebrarse aquí, para que el ejemplo sirva de honroso estímulo á cuantos con medios análogos pueden coadyuvar al fomento y desarrollo moral y material de sus respectivos pueblos natales. El Sr. Guinea ha fundado una Obra pía de patronato familiar, cuyo objeto es «proporcionar la instrucción primaria gratuita á los niños y niñas de seis á diez y siete años que residan en los pueblos de Barcenilla del

Rivero, Revilla, Quintanilla y Bárcena de Pienza, Gayangos, Baranda, Quintanaedo, Cuertaedo y Villalázara, provincia de Burgos.»

En la *Escritura* de fundación, que tenemos á la vista, el Sr. Guinea y Baranda explana minuciosamente su pensamiento, constituyendo una obra, de admirable previsión y caridad bien cimentada, en la cual van incluidos las dotes de jóvenes, los premios á los más dignos y cuantas circunstancias pueden contribuir al buen fruto de la educación y de la enseñanza.

No siéndonos fácil entrar en pormenores, recomendamos esta fundación á las personas que puedan imitar su ejemplo, y tributamos nuestros plácemes más entusiastas y sinceros al benéfico fundador que así sabe corresponder á los dones del cielo, empleando parte de su capital en beneficio de los pobres.

Hemos leído que en el último Consejo de ministros se ha tratado «de la supresión de algunas colegiatas, entre las cuales parece que figuran las de San Isidoro de León, Roncesvalles y Pamplona.» Así lo anuncia un periódico.

¡Ya se ve, los presupuestos están tan recargados que es preciso aliviar los gastos suprimiendo media docena de colegiatas!

Bien puede asegurarse que en los últimos 25 años se han cerrado al culto más de 500 iglesias en toda España; en cambio, en el mismo espacio de tiempo, según datos oficiales, se han construido 80 plazas de toros.

Las noticias de Frohsdorf respecto á la salud del conde de Chambord son desconsoladoras.

La casa de los Borbones pierde, si se muere, su más alta representación, y las antiguas monarquías cristianas un príncipe digno de ellas.

Su muerte arrebataría una gran esperanza á la pobre Francia, y tal vez á los tronos de Europa que no han transigido con la Revolución.

Invoquemos en circunstancias tan críticas y dolorosas la misericordia de Dios. Sin ella ¿qué podemos esperar del estado del mundo y de la marcha de los acontecimientos?

NULEMA.

CRÓNICA

El proyecto de ley del Gobierno de Prusia, que viene á derogar las disposiciones de las leyes de Mayo más contrarias á la libertad y á los derechos de la Iglesia, ha sido aprobado en el Landtag por 224 votos contra 107.

Componen la mayoría: los conservadores puros, los centralistas católicos y sus aliados los polacos, seis progresistas, un sesionista y diez conservadores-liberales.

Han constituido esta vez la minoría: los nacionales-liberales, la mayor parte de los sesionistas y progresistas, los demócratas (*partido del pueblo*, se dice en Alemania), y algunos conservadores-liberales. Ocho miembros de este partido se han abstenido.

Inmediatamente antes de la votación había pronunciado el Sr. Windthorst un elocuentísimo y arrebatador discurso conjurando á todas las fracciones de la Cámara «á dejar á un lado toda saña religiosa y á aprobar el proyecto de ley del Gobierno, este primer paso hacia el restablecimiento de la paz entre la Iglesia y el Estado.»

Este primer paso, en realidad, está dado, pues el Sr. Gossler, ministro de Cultos de Prusia, ha declarado repetidas veces, durante la discusión de dicho proyecto de ley, que el Emperador Guillermo lo sancionará tan pronto como sea aprobado por la Cámara de los Señores.

Y que esto no ofrecerá dificultades, lo dice bien claramente la constitución de dicha Cámara, en la que disponen de la mayoría los conservadores puros y los católicos del Centro, que son cabalmente las fuerzas que la han constituido en la Cámara de los Diputados, como se ha hecho constar.

Nuestros hermanos de Prusia están de enhorabuena: después de diez años de lucha abierta con los poderes constituidos, después de diez años de pelear por la libertad de su conciencia y por los derechos de la Iglesia, se declara vencido el Gobierno y les da la primera satisfacción, devolviéndoles la libertad y los derechos que les arrebató injustamente en las inicuas leyes de Mayo, obra especial del exministro de Cultos, Sr. Falk.

El sol de bonanza que brilla tras deshecha tempestad, no sólo restablece el equilibrio de los elementos en la atmósfera, sino que hace renacer en los corazones con la paz los sentimientos de alegría.

Uno después de otro aparecen heridos de muerte en el campo de la política prusiana los partidos que apoyaron resueltamente a Bismarck en su desdichada guerra contra la Iglesia. Al partido nacional-liberal no ha tardado en sucederle el partido liberal-conservador.

Ya se ha visto cómo los diputados que representan a dicho partido en el Landtag, se han dividido en la votación del proyecto de ley político-religiosa, y unos han votado con la mayoría, y otros con la minoría, y algunos se han abstenido.

En una reunión que ha celebrado poco después de dicha votación el indicado partido, se han puesto a votación las siguientes cuestiones:

1.^a ¿Debe el partido liberal-conservador apoyar a la mayoría clerical-conservadora, cuya formación es la primera consecuencia que ha producido la nueva conducta del Gobierno con la Iglesia?

2.^a ¿Debe, por el contrario, combatir el partido a la nueva mayoría formando causa común con los elementos propiamente liberales?

Ha sido imposible todo acuerdo entre los miembros del partido conservador-liberal que hasta ahora había apoyado siempre con heroica constancia al Gobierno de Bismarck hasta en sus extravíos y locuras. Una parte del partido, la más oficial por cierto, quiere unirse a la nueva mayoría de las Cámaras; la otra quiere fusionarse con los nacionales-liberales, y combatir con ellos las tendencias político-religiosas del príncipe de Bismarck.

De todos modos, la disolución del partido se impone a sus jefes como una necesidad ineludible, rotos los lazos que unían a las inteligencias asociadas y discordes respecto del fin hacia que la agrupación debe tender en los actos todos de su vida parlamentaria.

A medida que el sol de la bonanza brilla en Prusia con más claros resplandores, nuevas sombras y nubes, que son siempre anuncio de próxima tempestad, cubren el horizonte de la infortunada patria de San Luis.

No contentos los sectarios de la República con secularizar el Estado; no contentos con haber inundado las escuelas públicas de manuales de educación cívica que la Sagrada Congregación del Índice se ha visto obligada a condenar; no contentos con la excomunión de las Congregaciones religiosas y con los rudos golpes descargados a la enseñanza cristiana que se da en establecimientos libres, han ido a perseguir al Catolicismo en lo que tiene ciertamente de más respetable: en su misión de consuelo junto al lecho de dolor de los moribundos.

Los hospitales han sido secularizados, y esta medida ha sido precedida, acompañada y seguida de innumerable ejército de órdenes ministeriales, dejando a los curas párrocos sin la modesta asignación que el Estado les paga en cambio de los bienes que arrebató a la Iglesia contra toda razón y derecho.

No podía callar un momento más León XIII después de tantos y tan graves atropellos cometidos contra la Iglesia en los dominios de los antiguos reyes cristianísimos.

Deseoso de evitar nuevas luchas entre las dos potestades, luchas que siempre son en definitiva más funestas al Estado que a la Iglesia, ha escrito una carta al Presidente de la República, M. Julio Grevy, enumerándole las múltiples quejas que tiene del Gobierno francés, y conjurándole en bien de la paz a que interponga su influencia para que de una vez termine la persecución y sea lealmente cumplido el Concordato.

Según ha declarado la prensa de París, esa carta pontificia, cuyo texto es sólo conocido de muy pocas personas, ha producido vivísima impresión, lo mismo en el Presidente de la República que en sus ministros. La actitud, conciliadora en la forma y enérgica en el fondo, de León XIII, les ha hecho comprender que en la lucha religiosa que han iniciado, habrán de batallar, si no retroceden, con un ejército dirigido por una inteligencia de águila, que sabe hermanar perfectamente la prudencia y la sabiduría, la energía y la dulzura.

Aún no ha contestado M. Julio Grevy a la carta pontificia; pero se sabe que los términos de la contestación han sido convenidos en Consejo de minis-

tros, y que ésta debe quedar redactada de un momento a otro.

Mucho debe temerse que el Gobierno francés apele en esta ocasión al recurso a que siempre han apelado los tiranos en tales casos, y que trate de presentar al clero como a la primera causa de los hechos de lamentable persecución que no pueda negar, porque son públicos.

No es sólo en Francia desgraciadamente donde las logias presentan la batalla a la Iglesia desde las esferas del Gobierno. Si triste es, a no dudarlo, la situación en la vecina República, más triste es todavía la de los católicos de Bélgica, de ese reino en que por tanto tiempo se gozó de completa libertad.

Cuando la discusión del presupuesto de Cultos, se suprimieron algunas partidas cuya importancia no puede desconocerse. En consecuencia hubo de disminuir el número de canónigos de las catedrales, y muchas parroquias quedaron sin vicario, multiplicándose hasta lo infinito las cargas que pesan sobre los cura-párrocos.

Además, se declaró por el Gobierno que no podían seguir ejerciendo el ministerio de las almas los curas holandeses, o simplemente de origen holandés, que estaban encargados, como ecónomos, de algunas parroquias de la frontera. No sólo se les suprimió la asignación que percibían, sino que se les ha obligado por fuerza a abandonar su cargo.

Digna corona de todas estas medidas ha sido sin duda ninguna la que acaba de tomar la Cámara de Diputados, aprobando por 61 votos contra 50 un proyecto de ley que suprime la excepción militar de que hasta ahora han gozado en aquel reino los seminaristas.

En vano el Episcopado, los diputados católicos y la buena prensa han protestado contra tan inicuo proyecto de ley, poniendo de manifiesto su injusticia.

— Viene a impedir en gran manera las vocaciones eclesiásticas, han dicho los católicos, y los liberales han contestado con desusada franqueza:

— Pues por esto cabalmente lo hemos presentado a la aprobación de las Cámaras.

Mientras los poderes públicos de las naciones católicas así se apartan de la Iglesia y la declaran terrible guerra, no sólo Prusia, sino también el imperio moscovita busca en la paz con la Santa Sede alivio a los males interiores que le afligen.

En estos últimos días ha hecho públicas la prensa oficial de San Petersburgo las bases del arreglo terminado entre la Santa Sede y Rusia.

El Papa renuncia en el Gobierno moscovita el derecho de vigilar la enseñanza de la Literatura y de la Historia en los seminarios, enseñanza que habrá de darse precisamente en lengua rusa. Los profesores de estas asignaturas deberán ser presentados por los Obispos al Czar, y aceptados por el Gobierno.

En cambio las autoridades eclesiásticas gozarán de completa libertad en la enseñanza de la Filosofía, de la Teología y del Derecho canónico, sin que el Gobierno pueda intervenir en nada que a ella se refiera.

Además, el Gobierno del Czar se compromete a derogar todas las leyes excepcionales dadas desde 1860 a 1870 contra el clero católico, y todas las medidas gubernativas tomadas contra dicho clero y contra los fieles por cuestiones puramente religiosas.

También queda derogado por iniciativa imperial el artículo 18 del decreto del mes de Diciembre de 1864, que restringía notablemente el poder de los Obispos en lo que se refiere a los nombramientos y destituciones de sacerdotes para los cargos eclesiásticos.

La célebre ley adicional de 1866, que tantas lágrimas ha hecho derramar a la Iglesia, va a ser revisada.

Al terminar las bases del arreglo, declara el Gobierno del Czar que el principio fundamental de su política religiosa es conceder a los Obispos católicos la mayor libertad posible, si bien esto de un modo tal, que los enemigos del imperio no puedan servirse de esta libertad concedida a la Iglesia para trabajar contra él.

De todos modos, el ejemplo de lo que acaba de suceder a Prusia y a Rusia, los dos poderes más grandes de la tierra, debiera abrir los ojos de los que gobiernan en Francia, en Bélgica... y en otros Estados.

D. ISERN.

EL DUELO



No teman ustedes que les endilgue una árida disertación filosófico-moral sobre este vicio de nuestra sociedad.

Ni sabría hacerlo aunque quisiera, ni querría hacerlo, aunque supiera.

Pero aunque supiera y quisiera, nada nuevo podría enseñar a ustedes después de lo mucho y muy bueno que han oído y leído respecto al duelo.

Ni siquiera daré la definición que el Código cristiano y el Código penal aplican a este acto, que infringe a la vez las leyes divinas y humanas.

Yo tengo definiciones, algo extravagantes acaso, pero originales, y así defino el duelo diciendo que es una joroba moral de nuestra sociedad, que trata de encubrirse bajo la abigarrada vestimenta del pun-donor, de la honra, del *qué dirán*, etc., etc.

Y así como las jorobas en el cuerpo físico resisten a todos los procedimientos de la ortopedia, así las jorobas en el cuerpo social se hacen refractarias a toda terapéutica filosófica.

Unas y otras son incurables.

Dicho se está, pues, que no vengo, como em-pírico curandero ni como operador técnico, con pretensiones de extirpar esta especie de lipoma del alma.

Vengo tan sólo a echar un cuarto a espadas, como vulgarmente se decía cuando había cuartos y espadas en esta tierra, y cuya frase habrá que sustituir, con arreglo a los modernos adelantos, por la de «echar un céntimo a floretes.»

Vengo a vaciar sobre estas cuartillas de papel algunas vulgaridades de esas que tenemos siempre en el saco los que, por nuestra mala suerte, no acertamos a comprender la metafísica de las gibosidades sociales.

Veamos si van ustedes entendiendo este galimatías.

El duelo es un delito reconocido y penado severamente por nuestra legislación. El que propone este delito, el que le apadrina, el que toma parte en su comisión, son delincuentes ni más ni menos que los que proponen, encubren y conspiran a la perpetración de un robo, de un asesinato, de un secuestro o de cualquier otro delito comprendido en el Código penal. Esto no tiene vuelta de hoja.

Pues vuelvan ustedes la *idem*, y cerrando el Código y las Partidas y hasta las Pandectas, abran ese otro código convencional que se llama *leyes sociales*, y vean lo que dice en el título «De los duelos.»

Pero ya comprenderán ustedes que esto es hablar en sentido figurado; porque esas leyes sociales que tanto respetamos no están escritas, sino que se vienen transmitiendo por la tradición y por la herencia, como el herpetismo y la tisis pulmonar.

Esas leyes dicen que el duelo, lejos de constituir un delito, es el único medio de reparar las consecuencias de un verdadero delito social.

Porque es bueno recordar que esta sociedad culta, susceptible y almibarada, que llama bárbara y salvaje a la *ley de Lynch*, en cuya virtud los libres ciudadanos de la República modelo juzgan y ejecutan sumariamente a los delincuentes, arrancándoles al poder de la justicia ordinaria; esta sociedad archicivilizada que se escandaliza ante la historia y casi reniega de sus antepasados porque allá, en cierta época, se apelaba al *Juicio de Dios* en combates singulares, para liquidar cuentas de la honra y deudas de la conciencia; esta sociedad idealista, espiritualista y moralista, que se subleva contra el derecho de la fuerza, oponiéndole la fuerza del derecho; esta sociedad acepta y practica la ley de Lynch, admite el Juicio de Dios (sin Dios) y apela a la fuerza bruta para transigir sus pleitos de honor.

La sociedad (y entiéndase que doy este nombre a la masa de individuos que reconocen el duelo como necesario) es lógica a su manera: borra del Código el delito del duelo, y establece en su código particular un grupo de delitos que no están penados en las leyes civiles, y sin embargo, ella les aplica su sanción penal por medio de una lucha armada, que es el duelo; es decir, el delito verdadero para castigar el delito ficticio.

¡Oh! Y lo que es la sociedad, la *buena sociedad*, es inexorable en esta materia. Admitirá en su seno y estrechará la mano al injuriador, difamador o calumniador, si éste ha tenido la habilidad o la suerte de atravesar de una estocada en solemne desafío y con todas las formalidades de etiqueta al calumniado, difamado o injuriado; pero retirará su estimación y cerrará sus puertas al individuo que a la injuria, a la difamación o a la calumnia en público conteste con una querrela ante el juez de primera instancia, querrela que daría por resultado enviar a presidio al ofensor.

Y esa misma sociedad, con su lógica privativa, se estremecería hasta las últimas fibras de su ser, se

horripilaría si el hombre ultrajado *coram populo* torciese en provecho suyo la ley social y *linchase* al injuriador en presencia de los testigos de su afrenta.

Convengamos en que la sociedad tiene cosas muy originales.

Yo no sé qué idea tiene formada del honor, cuando por una parte quiere que la más leve sombra de duda sobre su pureza se disipe á tiros y estocadas, y por otra le considera tan deleznable, que basta la voluntad de cualquier osado advenedizo para herirle de muerte.

Un hombre que ha vivido cuarenta años sin que nadie haya podido echarle en cara una acción inno- ble, considerado en la sociedad como un ciudadano sin tacha, celoso cumplidor de sus deberes morales y políticos, se encuentra un día en presencia de otro hombre que, por envidia, por despecho, por ven- ganza ó por cualquiera de las malas pasiones que mueven la lengua y animan el corazón de los mal- vados, le dirige una alusión ofensiva. El hombre honrado la rechaza con enérgica indignación; el maldiciente le replica con un sangriento insulto per- sonal y le provoca á ventilar la cuestión en el terreno donde se entienden *las personas de honor*. El provo- cado no acepta el desafío, prohibido por las leyes divinas y humanas... Y esa sociedad, que no cree en Dios ni en el Código, que se muestra tolerante con los vicios de los asociados, por poco que se disfracen bajo el manto de las *conveniencias*, que vive en perpetuo comercio de transacciones con la moral y en continuo juego con las honras ajenas; esa sociedad se escandalizará púdicamente del pro- ceder *poco correcto* del hombre honrado que rehuye *un lance*, y proclamará *cumplido caballero* al provo- cador.

Y sin embargo, la sociedad que así juzga colec- tivamente, sabe muy bien que comete una injusticia. Si de ese juicio colectivo se apelase al juicio indivi- dual, cada uno de los miembros de ese jurado que expide y recoge patentes de honra, reconocería que el hombre que no quiso batirse no ha dejado de ser honrado y digno á pesar de su cobardía apa- rente. Pero, ya se ve... ¡las *leyes sociales* son tan severas con los que las infringen!

Pues sigan ustedes estudiando á esta sociedad en sus funciones de juzgadora en materia de duelos, y hallarán, al lado de las más monstruosas aberracio- nes, las ridiculeces más sublimes y los contrasentidos más estúpidos.

Dos personas, no ya como las que he presentado más arriba, sino completamente iguales en carácter, en antecedentes, en reputación, en valor personal, en todo, se encuentran en el caso de realizar un duelo. Ha mediado entre ambos una ofensa gravi- síma, de esas que marcan un estigma indeleble sobre la honra, si no se lavan con sangre. El caso (figúren- sele ustedes como quieran) es tal, que al analizarle se viene forzosamente á dar en este dilema:

O el que ha recibido el agravio le merece, y por lo tanto es un hombre indigno;

O el que ha hecho el agravio ha mentido, y por consiguiente, es un villano.

Aquí hay, con toda evidencia, un hombre des- honrado. ¿Cuál de los dos? Eso es lo que la socie- dad ignora y lo que se va á preguntar al florete, á la espada ó á la pistola.

La contestación se da al amanecer del siguiente día detrás de las tapias del Retiro. Es muda, pero elocuente... Un hombre muerto.

La sociedad sabe ya bastante.

Se entierra al muerto, se felicita al vivo, se habla del lance durante ocho días en todos los salones, donde es acogido el matador con el prestigio de un héroe de folletín...

Y sin embargo, la sociedad no sabe todavía si estrechó la mano de un hombre de honor ó de un canalla. El problema ha quedado sin resolver; pero las leyes sociales se han cumplido. ¿Puede darse aberración más monstruosa?

Por fortuna, pocas veces produce el duelo tan terribles consecuencias, y en el mayor número de casos, sus resultados son soberanamente ridículos, en relación con los preliminares y la seriedad de las negociaciones que entablan los padrinos para deter- minar el lance.

Los dos adversarios van al terreno á *matarse*, eso sí, porque si no fueran á eso, ¿á qué los sables ó las pistolas?

Quedamos en que van á matarse, para no dejar morir la honra, esa honra que exige la sociedad como indispensable taparrabo para admitir decen- temente en su seno á cualquier individuo.

¡Van á matarse!... Pero no se matan, no sé si por acuerdo mutuo, aunque tácito, ó porque la casuali- dad, ayudada de los padrinos, no quiso que se ma- tasen, contentándose con un rasguño del biceps braquial izquierdo de uno de los combatientes, y

una leve contusión en la región metacarpiana dere- cha del otro.

Los testigos se interponen, declaran que las dos honras de los dos contendientes quedan perfecta- mente lavadas, que no resta sino lavarse las manos, ir á almorzar á Fornos y enviar el consabido suelto á *La Correspondencia de España*, dando cuenta á la Europa entera de haberse zanjado honrosamente la cuestión personal de que venía ocupándose la pre- nsa, etc.

Los dos adversarios se abrazan; tal vez alguna lagrimilla trasconejada se deja ver en sus ojos, que dos minutos antes lanzaban relámpagos de ira y rayos de exterminio...

Pero ¿y la honra? ¿dónde se ha quedado esa doncella tan susceptible y pudibunda? Si la tenían antes del lance ¿qué necesidad había de ir á bus- carla? Si no la había y era preciso hacerse con ella á riesgo de la vida, ¿cómo se concibe que haya bastado un rato de esgrima, sin consecuencias, para rescatar esa honra desventurada?

¿No es esto soberanamente ridículo?

Pero mucho más ridícula es la tarea que yo me he impuesto metiéndome á hablar de lo que no en- tiendo.

Quédese cada cual con sus ideas y preocupacio- nes respecto al duelo. La sociedad no se corregirá jamás de esta joraba, como yo no me corregiré de la que el peso de los años ha echado sobre mi es- palda.

Recuerdo haber leído hace algunos lustros, en una revista periódica que redactaba el insigne filó- sofo Balmes, un artículo sobre este mismo asunto. Y recuerdo que me impresionó grandemente y que me hizo avergonzar de mí mismo, porque... (No tengo necesidad de decir el por qué). Y recuerdo que aquel artículo terminaba con estas ó parecidas frases, que reflejan la amargura del que juzga in- eficaces sus propósitos de enderezar entuertos so- ciales:

«¿Qué les diréis á los que se baten, cuando la Europa entera ha presenciado los duelos del cató- lico O'Connell y del espiritualista Lamartine?»

BLAS.

DEL PODEROSO INFLUJO DE LA LECTURA SOBRE LAS COSTUMBRES

ARTÍCULO SEGUNDO



SEGÚN hemos manifestado en el prece- dente artículo, la lectura es el alimento del alma, y este alimento debe buscarse en los buenos libros.

Tan necesario es el discernimiento, decía un autor respetable, en la elección de los libros como en el de los alimentos, si se quiere enriquecer el espíritu con conocimientos útiles.

¿Y cuáles son los buenos libros? Los que ense- ñan la verdadera ciencia, los que alientan al ejerci- cio de la virtud, ó cuando menos desarrollan senti- mientos generosos.

No vamos á escribir un artículo de literatura, un artículo bibliográfico, señalando autores para todas las ciencias y presentando reglas que deban servir de norma en la lectura, ofreciendo un método para hacerla más fructuosa. Nuestra misión en este mo- mento es escribir un artículo para un periódico, cuyo objeto es inculcar las santas máximas de la Religión católica, promulgada por Dios para mejo- rar el mundo y para establecer entre los hombres las saludables máximas de la caridad bajo la égida de una moral purísima y de unos misterios cele- stiales.

La lectura de los libros que debe encargarse á un cristiano es la de aquellas obras que confirmen la fe, que robustezcan los sentimientos morales, que predispongan el espíritu á creer, el corazón á amar al prójimo, y la voluntad á seguir la doctrina del Salvador.

El primero de estos libros es la Sagrada Escritu- ra, libro divino, en el cual, como dice JAMÍN, se en- cuentra la historia más verdadera, la filosofía más sabia, la moral más pura y la doctrina más sublime y más saludable al mismo tiempo. El Papa GREGO- RIO MAGNO definió acertadamente la Sagrada Escritu- ra con una frase elocuentísima, diciendo *que era una carta del Omnipotente á su criatura*. Dios, al escribir al género humano, no podía engañarlo. *La palabra de Dios*, dice el salmista, *es una lámpara que da luz á mis pasos, y una luz que me muestra las sendas por donde tengo que caminar*. Ved una defini- ción sublime en su sencillez, y que revela el fruto que podemos sacar de los libros santos, cuya pala- bra, como dice SAN BERNARDO, *es penetrante sin*

hacer ruido, obra sin hablar, y hiere, no á los oídos, sino al corazón.

Entusiasmado SAN AGUSTÍN con la lectura de los libros santos, ese talento superior que había reco- rrido y profundizado los volúmenes de los filóso- fos, por espacio de muchos años formaron sus deli- cias y constituyeron el pasto de su espíritu, exclamaba después de su conversión: *La Sagrada Escritura es accesible á todos, aunque sean pocos los que puedan penetrarla: habla como un amigo al corazón de todos, así ignorantes como sabios, en todo lo que anuncia claramente*.

Estas palabras sugirieron al doctor JAMÍN una comparación exactísima. «La Sagrada Escritura es semejante á un río cuya agua es tan poca en ciertos sitios, que un corderito lo podría atravesar, y tan profunda en otros, que un elefante podría nadar en sus corrientes. Al través de sus misterios contiene unas verdades claras, fáciles y propias para alimen- tar á los hombres sencillos. Es como el maná, que tiene el gusto de todos los alimentos saludables, y que se apropia á todos los paladares y estómagos: en sus páginas se encuentran rasgos sublimes para entusiasmar á los genios elevados, y verdades sencillas que se adaptan á la corta inteligencia de los ni- ños y de las personas de más limitados alcances.»

Pero al presentar como el libro por excelencia la Sagrada Escritura, no podemos menos de reproducir los consejos que SAN BASILIO daba á su discípulo QUILÓN en una carta: *No olvides, le decía, la lectu- ra de la Sagrada Escritura; pero particularmente leerás el Nuevo Testamento, porque la lectura del Antiguo es muchas veces nociva, no porque lo que contiene pueda causar por sí algún perjuicio, sino porque es flaco el espíritu de aquellos á quienes chocan estas lecturas*.

Para leer ciertos libros del Antiguo Testamento se necesita cierto género de madurez, una copia de instrucción que no todos tienen; pero el Evangelio es un libro que puede tomarse en las manos, no sólo sin peligro, sino con la seguridad de que el que lo lea ha de salir mejorado. Dios, que á los anti- guos se reveló entre celaje, desplegó por medio de su unigénito Hijo JESUCRISTO las riquezas de su mise- ricordia, los tesoros de su bondad, de una manera tal, que todos pueden beber en los raudales de su doctrina, semejante á una fuente cristalina, cuyas aguas tienen la virtud de purificar á cuantos las to- man y de confortarlos en su peregrinación por este valle de lágrimas.

Después de los libros santos damos la preferencia á ese libro inmortal, la *Imitación de Cristo*, escrito bajo la influencia de la verdad católica. LEIBNITZ lo encareció diciendo *que era uno de los más excelentes tratados que se hayan escrito*. ¡Dichoso aquel que, no contento con admirarlo, practica lo que contiene! FONTENELLE, en la vida del gran CORNELIO, expresa *que esta obra es el libro mejor que haya salido de la mano del hombre, pues el Evangelio, que no tiene comparación, es obra de Dios*. M. DE JUVIGNY excla- maba en su obra titulada *Bibliothèques françaises*: *¿Tendréis atrevimiento, temerarios y orgullosos filó- sofos del siglo XVIII, de oponer á esta obra tan pura y consoladora del siglo XIII vuestros escritos y som- bría filosofía, que no respira sino duda, desesperación y una pura nada?*

En elogio de este precioso libro citaremos tam- bién las palabras del Sr. D. MANUEL MUÑOZ Y GAR- NICA en su *Estudio sobre la elocuencia sagrada*, página 149: «Producto del desapego á la vana filo- sofía, á la vana gloria, á la vana ciencia, á las vanas riquezas, del menosprecio de todas las cosas de la tierra, fué la *Imitación de Cristo*. El inspirado asceta TOMÁS DE KEMPIS todo lo encuentra vacío sin Dios: la santidad de la vida religiosa es la única cosa que puede consolar de todas las vanidades del mundo...» Y más adelante: «Hasta las reglas de prudencia, de sagacidad, las maneras urbanas, cor- teses, la compostura dulce, amable, honesta y re- cogida, nada se ha olvidado en la *Imitación de Cristo*...» Después de decir que había influido en la vida del espíritu, en la reforma de las Ordenes religiosas en el siglo XVI, época en que volvieron á la severidad de su primitiva regla, en la elocuencia mística y en todas las obras de edificación cristiana, añade: «Su libro de la *Imitación de Cristo* es el más bello, dice FONTENELLE, que ha salido de las manos del hombre: el *segundo Evangelio*, como le llama CHATEAUBRIAND, en cuya traducción ha buscado CORNEILLE un título más á los aplausos y á la gloria que conquistara de la Francia y del mundo este poeta insigne.

«Este libro clásico, añade, brillante, que aparece envuelto en las tinieblas de la Edad media, escrito para todos los tiempos, pueblos, edades y personas, así para los sabios como para la gente sencilla; el libro de los Papas, de los sacerdotes, de los ermi- taños, de las vírgenes y del pueblo, tantas veces

alabado por LEIBNITZ con la misma pasión que pudiera hacerlo un católico; cuyos versos recitaba en los campos de batalla el MARISCAL DE TURENA, como los musulmanes hacían en otro tiempo en sus tiendas con los versos del Corán; este libro, traducido en todas las lenguas, que no se conoce si es antiguo ó moderno; que lo que dijo cuatrocientos años há está tan bien dicho como en el tiempo presente; que se acomoda lo mismo á esta sociedad ó la antigua que á la que se levante de las generaciones que están por venir, y cuyo aliento retendrá Dios por muchos siglos tal vez antes de depositarlo con su mano en el seno de la madre tierra; este libro, en fin, que nace con el descubrimiento de la imprenta, como si Dios mismo hubiera querido darle en el momento de su aparición esta garantía de su inmortalidad, ¿no dejaría rastro alguno? ¿No avivaría las tradiciones religiosas? ¿No serviría de núcleo poderoso á la formación de la escuela mística, de la elocuencia, fuerte inclinación y viva necesidad de los espíritus?»

Tan sublime se ha creído este libro, tan celestiales sus doctrinas, que se le ha supuesto un origen misterioso; así que el Sr. Muñoz y Garnica, examinando esta cuestión, dice: «Se ha supuesto que este libro no pertenece á un pueblo, á un hombre, ni á un siglo siquiera, y leyendo la *Imitación de Cristo*, es fácil sentirse inclinados á conformarse con esta extraña opinión. Por otra parte, como al momento de su aparición en el mundo se presenta rodeado de cierta oscuridad, naturalmente se ocurren estas dudas: ¿Cómo sería obra de un solo hombre, ni de muchos hombres contemporáneos, ni de un siglo? ¿Quién pudo escribir esto? Sería menester, para dar á luz este trabajo tan completo, que lentamente, en el trascurso de muchos siglos, muchos hombres eminentes fueran poniendo cada uno su letra en este monumento anónimo, arrojando su piedra hasta levantar este soberbio templo donde se recoge el espíritu para orar á Dios.»

El Sr. Garnica apellida á TOMÁS KEMPIS el más sublime y al mismo tiempo el más práctico de todos los moralistas, que muere en la segunda mitad del siglo xv legando á la posteridad un monumento eterno, sin que los contemporáneos, acaso para su mayor gloria, se hubieran atrevido á ponerle sobre-nombre alguno.

El célebre escritor MR. GERBAT, ahora una de las lumbreras del Episcopado de Francia, en su preciosa obra titulada *Consideraciones sobre el dogma, generador de la piedad cristiana*, impresa en 1852, dice lo que sigue: «Nadie ha leído jamás una página de la *Imitación de Cristo*, sobre todo en medio de pesares, sin haber dicho al concluir: esta lectura me ha hecho bien. Fuera de la Biblia, esta obra es el amigo soberano del alma. Pero ¿de dónde este pobre solitario que la escribió sacó ese amor inagotable? ¡Ah! si habló también es que amó mucho. El mismo nos lo cuenta en cada una de las líneas de sus capítulos sobre el Sacramento. El libro iv explica los precedentes.»

¿Podremos dejar de calificar de buen libro el que consuela el alma, que anima las tempestades de las pasiones, el que dulcifica las penas, el que anima al hombre para seguir impertérrito por el camino de la virtud, el que crea una escuela, el que ejerce su influjo hasta sobre la elocuencia?

¡Ved, pues, la influencia de un buen libro! ¡Y cuántos frutos no produciría la *Imitación de Cristo* si se leyese! ¿Quién atentaría contra su vida si leyera diariamente uno de sus capítulos? ¿No vería que la adversidad es un bien? ¿Que no podemos vivir sin tribulaciones? Cuando algunos filósofos ó legisladores empíricos pretenden encontrar en reglamentos miserables el remedio del suicidio y de otros graves desórdenes de la sociedad actual, decimos en nuestro interior: «Poned buenos libros en manos de la juventud y obtendréis, sin necesidad de recurrir á concepciones de vuestro ingenio, término á estas criminales locuras que ensangrientan nuestro suelo.»

Los buenos libros son el origen de la paz de las sociedades, el pedestal en que se asienta el reposo de las familias, el principio de una infinidad de virtudes y de venturas, de cuyo origen no nos apercibimos. ¿Qué es lo que ha mudado la faz del universo? ¿A qué causa se debe la abolición de los sacrificios humanos, la casi extinción de la esclavitud, la mitigación de los horrores de la guerra, la emancipación de la mujer, la santidad del matrimonio, los trabajos heroicos de los misioneros para civilizar, hasta con el sacrificio de su vida, las hordas y aduares de los salvajes?

El Evangelio, ese libro celestial en cuyas breves páginas se encierra el germen de todas las virtudes y de todos los principios que pueden hacer la felicidad de los hombres sobre la tierra, es el que ha ejecutado esa revolución pacífica y moral que va conduciendo al género humano por la senda

del progreso verdadero, que es el de la caridad.

Los buenos libros son, pues, la causa de los bienes que experimentamos. ¿Veis á un joven que discurre con exactitud, que raciocina rectamente? Lo debe sin duda á que estudió con meditación un libro de lógica.

Allí aprendió el arte de deducir ilaciones y consecuencias. ¿Observáis que otro se explica con elocuencia? Consiste en que tuvo la felicidad de tropezar con un libro de un estilo galano y puro, que analizó y que lo convirtió en norma y pauta para su dicción. ¿Halláis otro que se distingue, en la carrera de jurisprudencia, de sus demás compañeros por la solidez de su juicio, mientras que éstos únicamente corren como las mariposas en pos de las brillantes ráfagas de frases y de palabras? Consiste en que tomó la *Instituta* y profundizó los axiomas de legislación, convirtiendo en carne y sangre cuanto contiene de bueno, prescindiendo de la hojarasca. ¿Miráis con admiración á ese otro joven que no toma parte en los devaneos y disolución de sus discípulos, que lo que éstos destinan á orgía, él lo consagra sin fausto y sin una ostentación hipócrita al socorro de los pobres de una conferencia de SAN VICENTE DE PAUL? Es que ha leído y meditado el Evangelio, que se ha embebido en sus páginas, que ha chupado el jugo de aquella doctrina santa que ha inoculado en su corazón.

En último resultado, un libro suele ser el que decide de la suerte de los hombres, el que forma su segunda naturaleza, el que da una conformación á las facciones de su alma. Los libros buenos regeneran la sociedad, hacen sabios ó ignorantes, virtuosos ó viciosos, héroes ó criminales.

Un padre, una madre, un Gobierno, deben poner al alcance de sus hijos y de sus gobernados libros buenos: este es el mejor medio de educación, la mejor clase de policía.

Los padres, cuando sus esposas no pueden amamantar á sus hijos, buscan nodrizas robustas que les den una leche pura que vigorice su naturaleza y les facilite el desarrollo perfecto de su ser. Los Gobiernos trabajan incesantemente en adoptar sistemas higiénicos para sanificar la atmósfera y el suelo, evitando el germen de enfermedades. ¿Qué razón hay para que los unos y los otros no procuren sanear la atmósfera intelectual, poniendo en su centro el aroma de libros morales, cuyos efluvios respiren los hombres, y que difundan en sus almas el vigor de la virtud?

Los antiguos, aunque no estaban adoctrinados por la ley divina del Evangelio, no consideraban completa la salud sino cuando se extendía también al alma. *Mens sana in corpore sano*, es lo que pedían á Júpiter. Nosotros obtendremos estos inestimables bienes con la lectura de buenos libros, porque la pureza de las costumbres refluye sobre el cuerpo, y el alma, que descansa en el trono de la virtud, ejerciendo sobre el cuerpo un noble imperio, le asegura la salud con las reglas de la templanza. La lectura de los libros buenos, á semejanza de una música deliciosa, produce en el espíritu una calma feliz, que sosiega el ímpetu de las malas pasiones, y que se descubre en la tranquilidad de nuestras miradas y de nuestras facciones.

MARIANO NOGUÉS.

LA PLURALIDAD DE MUNDOS HABITADOS

DESDE EL PUNTO DE VISTA TEOLÓGICO

No se trata de averiguar si los mundos que pueblan el espacio son ó pueden ser habitados por *espíritus puros* ó por *almas* separadas de sus cuerpos. Sabido es que la sana filosofía no permite *localizar* los espíritus en habitaciones materiales: su *lugar* propio está en Dios.

Cierto es que el lenguaje de las Sagradas Escrituras nos autoriza para admitir que los ángeles presiden al orden del Universo, al movimiento y á las revoluciones de los globos celestes, á la manifestación de las fuerzas de la naturaleza según las leyes por el Criador establecidas; pero no puede decirse por esto que los astros estén habitados por los ángeles en el sentido literal de los términos de la cuestión propuesta.

Cierto es también que las almas de los Bienaventurados, pueden, por gracia divina, admirar de cerca, para decirlo así, los esplendores del cielo estrellado, contemplar minuciosamente la constitución de cada una de sus esferas, el estado de su superficie, sus movimientos y todo lo que puede interesar la curiosidad de una inteligencia, ó, para servirme de una expresión figurada, *pasearse* á través de los celestes espacios: porque todo ello no es más que

un efecto de la participación que las almas separadas de sus cuerpos tienen del modo de conocer de los espíritus puros, ó de la ciencia de Dios, por su visión *cara á cara*; pero tampoco de esto puede deducirse que los astros estén *habitados* por las almas de los Bienaventurados.

¿Se pretende averiguar si se hallan poblados de animales y cubiertos de plantas, cualquiera que sea por otra parte su naturaleza y constitución física?

Es evidente que Dios ha podido crear innumerables variedades de otros seres, constituidos de una manera propia para vivir en los lugares á que se les hubiese destinado: en tal supuesto, poco importa que los astros, explorados ó no por nuestros astrónomos, ofrezcan ó dejen de ofrecer las condiciones de vida requeridas por la organización de los animales y plantas terrestres. La existencia en los cuerpos celestes de especies vivientes, completamente diferentes de las que nosotros conocemos, es pues, *a priori*, una hipótesis fuera del alcance de la ciencia humana; y puede también afirmarse que *pasa al lado* de la *Revelación*, sin tocarla siquiera. Esta calla sobre tal punto; y si nos da á conocer la creación de los animales y de las plantas en la tierra, al hablar de los cielos y de los mundos que constituyen su magnífico ornamento, se limita á mencionar el hecho de su creación en masa, sin decir nada de lo que sucede en la superficie de las celestes esferas.

Si nos contraemos ahora á la cuestión de la existencia en los astros de seres vivientes organizados á semejanza de los que pueblan nuestro planeta, conviene hacer una importante distinción.

¿Se trata solamente de los animales irracionales, de aquellos que la Escritura llama los peces del agua, las aves del cielo y las bestias de la tierra, y de las plantas que les dan abrigo y alimento? Pienso de ello la ciencia como quiera, discuta, afirme y dude, su oficio es; en cuanto á la Revelación, repetimos aquí lo manifestado hace poco: nada dice sobre este punto.

Pero ¿se trata de seres racionales, de hombres de naturaleza idéntica ó tan sólo análoga á la nuestra, es decir, compuesta de un alma inteligente y libre, capaz de conocer y amar, y de una sustancia material, cuyos órganos tengan con las facultades de este alma las mismas relaciones que existen entre nuestras almas y nuestros cuerpos? — Aquí la cuestión cambia de aspecto, y vale la pena estudiarla.

Dejemos á la ciencia el cuidado de examinar si la vida animal sería posible para esta clase de habitantes en las esferas celestes. Esto es todo lo que ella tiene derecho á investigar; no la turbemos en el ejercicio que del mismo quiera hacer. Por lo que á nosotros toca, examinemos si los datos que la fe nos proporciona se oponen á la hipótesis de la pluralidad de los mundos habitados por hombres ó por seres de una naturaleza análoga.

Aquí nos vemos más que dos objeciones posibles, ya indicadas por el abate Vaillant, y fundadas, la una sobre la unidad de la raza adámica, y la otra sobre el hecho de la Redención y de los dogmas que al mismo se refieren.

Pero la *unidad de la raza adámica* sólo afecta á la tierra; por consiguiente, no podría ser obstáculo á la existencia, en otros planetas, de razas humanas de una especie análoga á la nuestra.

En cuanto á la *Redención*, una grande escuela teológica nos enseña que, junto con los *hombres*, salvó también á los *ángeles*, y que éstos perseveraron en la justicia original y salieron victoriosos de la prueba, precisamente en virtud de una aplicación anticipada de los méritos del Redentor. ¿Por qué, pues, las *razas siderales*, si existen, no hubieran podido también ser llamadas á aprovecharse de los beneficios de la Encarnación, y, en caso necesario, de la Redención realizada sobre la tierra, pero aplicada á todos los mundos, como lo fué á las jerarquías angélicas?

Indudablemente pudo Dios quererlo: ¿lo ha querido realmente?... ¿ha querido crear semejantes razas?... ¿ha querido Jesucristo encarnarse para ellos como para nosotros, y merecerles, por *oblación única*, la gracia de su perseverancia y la de la reparación?... Cosa es esta que no ha creído oportuno revelarnos, pero nada nos ha revelado, al parecer, que la contradiga. — Consultada por el sabio abate Moigno la Congregación del *Index*, le autorizó á «declarar formalmente que la Creación y la Reden-

1 No desconozco que la escuela *tomista* profesa el sentido opuesto; pero admite, sin embargo, una *cierta influencia* de los méritos del Redentor sobre los ángeles. Por otra parte, las consideraciones en que se apoya para refutar la opinión de los *scolistas* no alcanzarían á los habitantes de los astros. De todas maneras, esta opinión es libre en la Iglesia, y por consiguiente la aplicación que de ella se puede hacer no sale de los límites de la ortodoxia.

ción no son obstáculo en manera alguna a la existencia de otros mundos...¹

Por esto se ve a teólogos modernos afirmar claramente la posibilidad y ortodoxia, ó, á lo menos, la no heterodoxia de la hipótesis que examinamos. Los abates Pioger y Gratre² y el Padre Secchi se han mostrado declarados partidarios de la pluralidad de mundos habitados: posteriormente el Rdo. P. Monsabre ha profesado la misma doctrina en el púlpito de Nuestra Señora de París; y sin manifestarse tan categóricos, el Rdo. P. Félix y el abate Moigno convienen en que la habitación de los astros por seres capaces de conocer, amar y glorificar al Creador no es contraria al dogma católico. — Esto es á nuestro juicio lo que puede decirse de más sensato sobre esta materia.

No participamos del entusiasmo de los primeros. La hipótesis que excita su admiración no enardece aún bastante nuestro ánimo, y no alcanzamos á percibir estos maravillosos hermanos, á los que ellos tienden la mano; pero, en fin, ya que tal hipótesis es sostenible, creemos que debe ser concedida sin reparo como tal, especialmente á los hombres de ciencia á quienes ella pudiera reconciliar con la fe, á las almas poéticas cuyas aspiraciones puede satisfacer sin peligro, y á los espíritus inquietos á quienes asombra y á veces conturba la misteriosa economía del plan divino en la creación, la prueba y la reparación del género humano.

Entre los diversos estados en los que podría crear al hombre, escogió Dios el estado de *naturaleza integral*, y al propio tiempo *justicia original*; es decir, dotó su cuerpo de belleza y salud perfecta, eximiéndole de la muerte y de todo sufrimiento, y llenó su alma de ciencia y justicia y de una gracia que la constituía señora absoluta de todas sus pasiones, y que debía conducirla á la visión directa de la esencia divina y á la posesión de su propia felicidad. Infeliz á esta sublime vocación, cayó el hombre de su primer estado y arrastró en su caída á toda su raza; pero esta ruina debía ser y fué reparada por la obra del Redentor. — Esta es la realidad.

Pero, ¿y si Dios hubiese concebido otro plan diferente?... ¿Si hubiese, por ejemplo, creado al hombre en otras condiciones, ya en el estado de *pura naturaleza* con un cuerpo sujeto á la enfermedad y á la muerte, y un alma sujeta á la ignorancia y á la rebeldía de las pasiones, ya en el mismo estado de *naturaleza integral*, pero sin justicia original y sin vocación sobrenatural, en cualquier otro estado posible?... ¿Y si el hombre hubiese sido dispensado de toda prueba?... ¿Y si la prueba hubiese sido exclusivamente personal para Adán primero, y después para cada uno de sus descendientes?... ¿Y si, no habiendo Adán pecado, sus descendientes hubiesen debido pasar por esta prueba, ya les fuesen sus consecuencias personales, ya implicase la suerte de la raza de cada uno de ellos, etc., etc?... Hé aquí un número no despreciable de cuestiones y de hipótesis.

Ahora bien: si Dios ha querido crear seres semejantes á nosotros en los astros, ¿qué inconveniente hay en suponer que haya querido realizar en cada una de estas razas siderales (como las llamábamos hace poco) alguna de las diversas condiciones ó estados que se acaban de indicar, y tantos otros como puede sugerir la imaginación más variada?

Si así fuese, veríamos un día, el día de las grandes revelaciones, todos estos sistemas y combinaciones diferentes, y admiraríamos las maravillas y los in-

¹ L'abbé Moigno, *Splendeur de la foi*, t. II, pág. 204.
² El autor de las *Letres sur la Religion*, citado por M. F., sin designarle por su nombre, no es otro que el abate Gratre. Su autoridad dogmática no es de aquellas delante de las cuales todo el mundo se inclina, pero tiene por lo menos el valor de todo lo que emana de un espíritu elevado y profundamente pensador.



LA SOLEMNE CORONACIÓN DEL CZAR DE RUSIA EN LA ANTIGUA CIUDAD DE MOSCÚ.

1. Emblemas religiosos usados en la coronación. — 2. Palacio imperial, visto desde la ciudadela de Moscú. — 3. El castillo de Stonkine. — 4. Insignias de la coronación. — 5. Torre de Juan el Grande. — 6. Catedral de la Asunción, donde ha tenido lugar la coronación de los emperadores, formadas de oro y piedras preciosas. — 7. Antiguo palacio de los boyardos romanos. — 8 y 9. Moscú, visto desde las terrazas del palacio. — 10. Miembros del clero ruso con los trajes de la coronación. — 11. Kremlin. — 12. Tipos populares de Moscú.

REPOBLACIÓN DE LOS MONTES

PARA que pueda apreciarse debidamente la importancia que la repoblación de montes ejerce en la economía de la sociedad, un periódico reproduce algunas de las observaciones que á este propósito han hecho, en diferentes épocas, distinguidos ingenieros y publicistas de la nación vecina.

Para el autor del *Estudio sobre los torrentes de los*

Alpes, la existencia, el mantenimiento del suelo de las montañas, depende absolutamente del mantenimiento de la vegetación forestal en su superficie. Conservar cuidadosamente esta vegetación en donde existía todavía, y restablecerla donde ha desaparecido, tal es, como consecuencia, el doble deber que se impone el poder central en calidad de depositario del interés público.

Desde 1827 los Gobiernos de Francia se ocuparon en este género de trabajos; pero la legislación sobre

Como Fabre, atribuía la formación de los torrentes á la devastación de la vegetación de los montes y al cultivo temporal, que removía el suelo por medio del arado.

Proponía los mismos remedios que su antecesor y á este fin aconsejaba que se pusiese en vigor la antigua legislación de 1767, que estaba en desuso; que los trabajos de replantación fuesen subvencionados por el Estado por medio de primas, de distribuciones gratuitas de granos y de dispensa de contribuciones

la materia no data más que de 1860 á 1864.

La creación de la escuela forestal de Nancy en 1824; el Código forestal de 1827; la ley de 1859 sobre desmontes, y las de 1860 y 1864 han señalado el interés de los poderes públicos en favor de la restauración de la riqueza forestal.

El mal que la destrucción de esta riqueza causó á la Francia es incalculable. La alteración de un orden establecido durante tantos siglos, produjo poco á poco la desaparición de los habitantes de los Alpes.

Comparando los catástrofes generales de los siglos xv y xviii, M. de Ribbé hace constar que la alta Provenza perdió en cuatro siglos la mitad de su suelo cultivable, justificando con este dato el triste adagio: «Ni habitantes ni tierras.»

En un discurso pronunciado en 1817 en la Cámara de diputados, Chateaubriand decía: «Por todas partes en donde los árboles han desaparecido, el hombre ha sido castigado por su imprevisión.

Yo puedo decirlo mejor que ningún otro los efectos que produce la presencia ó la ausencia de los bosques, porque he visto las soledades del Nuevo Mundo, en que la naturaleza parece nacer, y los desiertos de la vieja Arabia en que la creación parece espirar.»

El ilustre escritor no tenía necesidad seguramente de ir tan lejos á buscar el ejemplo. Con dirigirse á los Alpes, hubiera tenido pruebas bastantes, porque allí hubiera visto confirmada la verdad histórica de que «los bosques preceden á los pueblos y los desiertos les siguen.»

De todo esto resulta imponiéndose la necesidad de proscribir los desmontes, replantar los terrenos devastados, repoblar los bosques arruinados y conservar con esmero los que todavía existen.

Esta obra de restauración es la que Francia ha emprendido, guiada por los trabajos de Fabre, Dugied y Surell, que son los tres principales precusores de esta obra.

Fabre, ingeniero jefe de Provenza, dió en 1797 en un *Ensayo sobre la teoría de los torrentes* una completa descripción de éstos. Según este ingeniero, la formación de los torrentes obedece á dos causas principales: la destrucción de los bosques y los desmontes y roturaciones.

Para impedir la formación de los torrentes, aconseja la prohibición de los pastos, y para hacer cesar los perjuicios de los que existen, propone el encauzamiento de aquéllos.

El trabajo de Fabre, aunque imbuido un poco de ideas teóricas, y á pesar de sus imperfecciones, fué bastante apreciado en la época en que se escribió, por la novedad de la materia.

En 1860, Dugied, exprefecto de los Bajos Alpes, presentó un proyecto de ley para la repoblación de los montes de su departamento.

durante quince años; que el encauzamiento de los torrentes se haría por mitad entre los interesados y el Estado, quien recibiría como compensación el aumento de los impuestos que devengarían los terrenos vueltos al cultivo y la mitad de la propiedad de los que se arrebatasen á los torrentes.

En 1842, la Academia de Ciencias coronaba el notable *Estudio* de Mr. Surell, como la obra más completa, más admirable y más verdadera que podía concebirse en la materia.

Lo que él proponía en 1842, leyes, créditos, trabajos, todo ha pasado en estos momentos al dominio de la realidad. Así como las leyes de 1860 y 1864 están basadas en las conclusiones de su *Estudio*, así también la nueva ley ha buscado y encontrado allí la aplicación de los principios de utilidad pública y de expropiación, que darán á la obra de la restauración de los montes franceses el verdadero carácter de «grandes trabajos públicos.»

Dos calamidades públicas tiene en estos momentos presente España: las inundaciones y las emigraciones. Ambas calamidades se explican principalmente por la devastación y destrucción de los montes. En vista de esto, ¿puede considerarse llegado el caso de que los poderes públicos se ocupen en esta cuestión desde este punto de vista y con la urgencia que tan grandes intereses reclaman?

BIBLIOGRAFÍA

DOS INFORMES DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

I

Novísimo Año Cristiano y Santoral Español.

Excmo. Sr.: El Sr. Director de nuestra Real Academia de la Historia, hónrame al designarme para proponer el informe que acerca del *Novísimo Año Cristiano y Santoral Español* ha de dar la Academia para los efectos del Real decreto de 12 de Marzo de 1875 y Real orden de 23 de Junio de 1876.

En cumplimiento de la comisión gratísima que recibo, he leído las 426 páginas en folio de que consta el primer tomo, y en las cuales se comprende todo el mes de Enero.

La impresión que en mí ha producido la lectura de tan bien aprovechado volumen, es la de ser ésta una obra de relevante mérito, de aquellas que con más eficacia necesitan de la protección del Estado, y que un patriótico Gobierno como el de S. M. ha de gozarse en favorecer cumplidamente.

Muchos, varios y fecundos todos, son los aspectos que eligen los historiadores para común enseñanza y para engrandecer su propia nación. Pero cuando el historiador se propone realzar la verdadera fisonomía de ésta, retratando á sus varones más conspicuos y virtuosos, y lo hace con amor verdadero, con diligencia exquisita y con generoso ánimo, el escritor merece que no se le escatime la alabanza.

El tomo sobre que debe informar la Academia, como dice su título, comprende vidas de Santos. Pero los Santos han sido hombres, han tenido pasiones, han luchado con ellas, se han visto arrollados y perseguidos por las pestes del mundo: envidia, soberbia, codicia é ingratitud; y después de batallar legítimamente, han alcanzado la victoria.

Esos Santos salieron de todos los estados y oficios de los hombres: cuáles ciñeron corona ó vistieron clámide imperial, ó se ataviaron con pontificales ornamentos; cuáles vivieron en medio del dañador tumulto de las ciudades; cuáles en el abandono y soledad del yermo. Quién empuñó matadora espada; quién el humilde báculo de pastor de ganado. Con estos varones alternan reinas y princesas, ejemplares monjas, miserables viudas, pobres, desvalidas y angelicales doncellas. Pues de todo este conjunto de interesantísimos seres, brotan lecciones de vivificadora filosofía, de engrandecedora política, y ejemplos y enseñanzas de incomparable precio y valor para la vida humana, en sus múltiples condiciones.

Tal es el *Santoral* que examino, y que además tiene por blanco dar á conocer los españoles á quienes por sus prodigiosos méritos veneramos en los altares, aspecto de la historia patria laudabilísimo y glorioso.

Discurrir con ánimo exento de preocupaciones voluntarias, con diligencia exquisita, leyendo, estudiando, meditando cuanto se ha escrito, dicho é imaginado acerca de cada héroe; ilustrar su vida con láminas que representen reliquias, lápidas é inscripciones primitivas, antiquísimas esculturas ó pinturas, y tablas y lienzo de soberanos artífices que se gozaron en ofrecernos santas imágenes y la dramática vida y hechos de los bienaventurados, es

comprender el deber del historiador en la Edad moderna. Así lo han comprendido los autores del *Santoral Español*.

Cada biografía ha de ser resultado de una monografía; pero como es consiguiente, sin la extensión, aparato crítico, examen bibliográfico y pormenores extremados que realzan las inmortales monografías de los padres Antuerpienses. El novísimo biógrafo tiene que agitar dentro de su entendimiento toda aquella balumba de datos y especies; pero sólo ha de ofrecer al lector el sazonado fruto de tan impropio estudio, de modo que le regale y enamore con la naturalidad y hermosura de narración, con la exactitud de las noticias, con el interés y viveza de los sucesos, con la pureza y galanura del lenguaje.

Un hombre solo no podría tomar sobre sus hombros tan largo y penoso estudio, el cual vendría en último término á rendir las fuerzas del juicio, y acabaría por secar la imaginación, quitándole vigor y savia para encerrar en poco espacio y con amenidad suma la interesante biografía.

Con feliz acuerdo, pues, se ha encomendado á crecido número de personas competentes el desempeño de la obra. El primer tomo que ha visto la luz pública contiene artículos de sabios y piadosísimos Prelados, de académicos insignes, de doctos catedráticos, de religiosos que resplandecen por su gran saber y virtud, y de escritores que ilustran la nación con envidiable nombre dentro y fuera de España.

Libro que reúne tan peregrinas condiciones y mérito, no puede menos de obtener del Gobierno español la protección más decidida. En cuanto se conoció fuera de España la primera mitad del volumen, apresuróse á recomendarlo á la Europa culta, con el mayor elogio, el *Literaturischer Handweiser für das Katholische Deutschland* (Indicador bibliográfico para la Alemania católica) de Münster, así como en Inglaterra la culta revista, aunque protestante, *The Academy*.

La Academia debiera, pues, informar á la Dirección general de Instrucción pública en el sentido más favorable. Sin embargo, resolverá, como siempre, lo oportuno y acertado.

Madrid 17 de Enero de 1883.

AURELIANO FERNÁNDEZ GUERRA.

II

Sobre un libro titulado *Recuerdos de un viaje á Santiago de Galicia*.

El libro intitulado *Recuerdos de un viaje á Santiago de Galicia*, por el P. Fidel Fita y Colome y D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe, sobre el cual se ha pedido informe á esta Real Academia para los efectos del Real decreto de 12 de Marzo de 1875, es de aquellos sobre los cuales no debiera informarse, con sólo saber que se trata de una obra en que se dilucidan importantísimos puntos de Arqueología, de Historia y de Geografía antigua española, y leer al frente de ella los nombres de dos de nuestros más eminentes académicos, que por sus especiales investigaciones, trabajos y profunda crítica, gozan de universal renombre. La multitud de arduas cuestiones que acometen, ó no tratadas hasta el día, ó mal planteadas y peor estudiadas, hubieran dado ocasión á escritores menos parcos y severos para escribir no uno, sino extensos volúmenes; pero los Sres. Fita y Fernández Guerra, han sabido acometer las dificultades con tal tino y resolverlas con tal maestría, que el resultado de su trabajo, con ser fruto de largas disquisiciones y de anteriores y prolijos estudios, parece solución sencillísima, y en que hubiera dado el menos apto de sus lectores. Pocos han sabido acertar en tan abstrusas cuestiones con aquella *difícil facilidad* que tanto enorgullece á Morafin, y que si en poesía y obras literarias es prenda de difícil logro, en estudios científicos parece aspiración imposible.

La situación de las antiguas poblaciones, cuyo recuerdo va despertando en la memoria de los doctos viajeros la vista de las modernas, ó de los parajes donde fueron; el estudio de los monumentos que van encontrando á su paso, ó la noticia de los que debieron allí existir y han desaparecido; las investigaciones y resultados que obtienen acerca de la antigua Iria Flavia y de su catedral; el eruditísimo examen del código de Calixto II; la publicación y discusión de un glosario de antiquísimas palabras vascongadas, escrito en el siglo XII, que ha sido recibido con sumo aplauso por la sabia Europa; el estudio histórico de la debatida cuestión de la venida de Santiago á España, hecho á la luz de nuevos y peregrinos documentos; el examen arqueológico y crítico del ara y columna de Santiago y de su sepulcro, relacionado con lo que aparece de aquellos documentos, y con el examen de las reliquias exhumadas en las excavaciones de la Basílica Compostelana; el de otros monumentos artístico-arqueológicos que se conservan en Santiago, y una sección

de apéndices de interés incalculable para estos estudios, forman de las pocas páginas de este libro un hermoso ramillete de erudición, saber y doctrina, que hace sea esta obra selecta, original y de mérito relevante, así en su fondo como en su forma, que se puede presentar como acabado modelo de buen decir en la hermosa habla castellana.

Y con esto no creo necesario molestar más á la Academia para justificar mi opinión de que se informe al Gobierno en el sentido de que conceda á esta obra toda cuanta mayor protección sea posible, porque la Academia, sin necesidad de estos mal escritos renglones, ya tenía formado su juicio sobre tan precioso libro.

Madrid 3 de Marzo de 1883.

JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

BREVE NOTICIA

DE LA MISIÓN DE LA AUSTRALIA OCCIDENTAL

confiada al Ilmo. y Rmo. Sr. D. Martín Griver, Obispo de Perth.

El Ilmo. Sr. D. Martín Griver era uno de aquellos jóvenes misioneros que el 28 de Agosto de 1849 salieron en devota procesión del templo de Santa María del Mar de Barcelona, precedidos de un magnífico pendón, regalo de la Cofradía de la Corte de María, y que llevaba el propio Sr. Griver. Acompañados de un inmenso concurso de fieles, dirigiéronse al buque de vapor que les condujo á Cádiz, desde donde la fragata de guerra *Ferrolana* los trasladó á la parte de la Nueva Holanda, conocida por Australia Occidental, cuya primera población, entonces muy escasa, se llama Perth.

Luego de llegados á aquellas lejanas regiones levantaron cabañas construídas con troncos y ramas, y convertidos en agricultores y operarios no tardaron en atraerse con el afecto y la persuasión algunos infelices salvajes, que les ayudaban en las fatigas corporales, y que poco á poco se aficionaron á la Misión, mientras sus pequeñuelos, hambrientos ó abandonados, eran recogidos en los modestos cobertizos destinados al propio objeto.

El notable incremento de la colonia obligó á los misioneros á atender con igual solicitud á los colonos procedentes de la Gran Bretaña y á los salvajes, y al efecto el Sr. Griver fué destinado por su superior para dirigir particularmente á los católicos de Perth. Algunos años después la Santidad de Pío IX le confirió el cargo de Administrador Apostólico del mismo punto, con facultad especial para administrar el sacramento de la Confirmación, y el 24 de Setiembre de 1869 fué nombrado Obispo de Tloa, conservando el cargo de Administrador Apostólico de Perth, hasta que por Breve Apostólico de 23 de Julio de 1873 fué elegido Obispo ordinario de esta última diócesis.

Esta, igualmente que la colonia, comprende una extensión grandísima, y excepto en las pocas principales poblaciones y aldeas, muchas familias viven diseminadas y á larguísimas distancias, necesitando el misionero andar dilatadas jornadas para atender al servicio espiritual de su propio distrito. La santa Visita Pastoral es también difícil y trabajosa, viéndose el mismo Obispo obligado; no sólo en los primeros años de su Misión, sino también recientemente, á pernoctar en medio de los bosques, solo, sin otra compañía que su caballo, por no poder disponer de un misionero acompañante, á fin de no dar lugar á que los fieles se queden sin sacerdote, pues es escasísimo el número de operarios.

Por esto el Ilmo. Sr. Griver, además del objeto principal de su visita á Europa, cual es la obligación grave de los Sres. Obispos de visitar los sepulcros de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y ofrecer sus respetos al Santo Padre, trae también el propósito de proveer de operarios su extensa Misión. Y como aquella colonia está sujeta al Gobierno británico, se catequiza á los colonos y á los indígenas en la lengua inglesa, lo que ha movido al Ilmo. Sr. Griver á visitar la Irlanda, en donde ha podido reunir siete jóvenes llenos de celo, algunos de ellos próximos á concluir la carrera eclesiástica, cuya manutención corre á cargo de la Misión, así como su traslado á la Australia luego de recibido el sacerdocio. Del mismo punto confía disponer de algunas religiosas de la Merced para ser destinadas á la enseñanza de los párvulos y de las jóvenes, al propio tiempo que á la asistencia de los enfermos. Pero los enormes gastos del viaje hasta Australia, la necesidad de edificar habitaciones y locales á propósito, la adquisición de lo más preciso para sus atenciones y para la enseñanza, no disponiendo de medios suficientes, son motivos poderosos que le impiden asegurarse del número de religiosas indispensable, y aun del feliz éxito del penoso sacrificio que las mismas se imponen.

La diócesis de Perth se extiende desde el grado 13 al 35 de latitud austral, y desde el grado 117 al 129 y medio de longitud con arreglo al meridiano de Greenwich. De modo que comprende una tercera parte de toda la Australia, y es á lo menos tres veces más que España.

Como el número de indígenas va disminuyendo en las partes habitadas por los blancos, el Obispo desea establecer una nueva Misión para aquellos cerca del grado 17 de latitud, en la parte Noroeste de su Diócesis, todavía no habitada por europeos y en donde los salvajes son más numerosos.

Faltándole recursos para tan grandes obras, el Obispo acude encarecidamente á los nobles y generosos sentimientos de sus amadísimos compatriotas, en la seguridad de que le ayudarán á remediar tan graves necesidades y alcanzar los elevados fines de la Misión, que son predicar el Evangelio y extender el reino de los cielos, con cuyas buenas obras los bienhechores se hacen partícipes del sacrificio meritorio de los misioneros, y acreedores á que, á más del premio prometido á los que practican obras de misericordia, reciban también de Nuestro Divino Redentor la paga propia de misioneros á proporción de los socorros que á éstos prestaren.—*El Rector de la Buena Dicha.*

NOTA. Dicho Sr. Rector y el Cura Párroco de la de San José, quedan autorizados para recibir limosnas, ó podrán entregarse á S. S. Ilma. el Obispo de Perth, que habita en la casa del Sr. Rector de la Buena Dicha.

LOS GRABADOS

EXCMO. É ILMO. SR. D. COSME MORRODAN Y RUBIO
Obispo de Tarazona.

Agobiado por el peso de los años y de los achaques de su vejez, yace encerrado en el viejo palacio episcopal de Tarazona este celosísimo Prelado, de cuya energía y firmeza de carácter tienen noticia todos los españoles.

Nació en Tudelilla, diócesis de Calahorra, el 27 de Setiembre de 1802. Siendo Gobernador eclesiástico de la diócesis de Tudela, sede vacante, y Canónigo de Zaragoza, fué propuesto para el Obispado de Tarazona en 28 de Agosto de 1857, preconizado por Su Santidad en el Consistorio celebrado el 21 de Diciembre del mismo año, consagrado en la Santa Iglesia Catedral de Pamplona el 21 de Marzo de 1858, y tomó posesión en el mismo mes.

Cuando el reconocimiento del llamado reino de Italia dirigió al Gobierno exposiciones tan enérgicas, que le atrajeron amargas persecuciones, y después, durante la revolución de Setiembre, envió también protestas á los Gobiernos, que confirmaron la fama de su valor apostólico.

En las elecciones generales de 1871 fué elegido Senador por Barcelona, y vino á ocupar su puesto, en el cual dió muestras de no desmentir su carácter. Habló en defensa de los haberes del clero contra los ataques del ministro de Hacienda, y sus palabras causaron honda sensación en la Cámara, que las escuchó con religioso silencio. "Para que la sociedad, decía, no desaparezca, no caiga, no se hunda, no se abisme y no muera, es preciso, absolutamente preciso y de toda necesidad, que se ejercite y practique la justicia, independientemente de todo, porque en la práctica de las virtudes no hay miras políticas, no hay acepción de personas, no hay exclusión de nadie."

El Sr. Obispo de Tarazona parece uno de aquellos Prelados de la Edad media que tenían que habérselas con hombres de guerra, y batallar ellos mismos á veces en defensa de la Religión y de la patria; franco, celoso, piadosísimo, enérgico en todo, no ha cerrado sus labios el respeto humano, ni ha transigido en lo más mínimo con la Revolución.

LA SOLEMNE CORONACIÓN DEL CZAR DE RUSIA EN LA ANTIGUA CIUDAD DE MOSCÚ

Como el simple relato de las ceremonias de esta gran fiesta ha interesado vivamente á toda Europa, LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, aun imponiéndose un gran sacrificio, ha logrado traer de París un hermoso grabado, donde se reproducen fielmente algunas vistas interesantes de Moscú y de los lugares de la coronación, que serán gratas á la natural curiosidad de nuestros suscritores.

Moscú es la ciudad santa, como si dijéramos la Roma de los rusos, capital en otro tiempo de todas las Rusias.

Mitad oriental, mitad europea, presenta esta ciudad un extraño aspecto: cuenta 800 iglesias, 1.000 campanarios y un número extraordinario de cúpulas doradas ó pintadas que brillan á los rayos del sol. Más de 12.000 casas forman calles derechas y bien ventiladas, formando el conjunto de la ciudad cuatro círculos concéntricos; la Ciudad de Tierra, la Ciudad Blanca, la Ciudad China y el Kremlin.

Este último, el más antiguo, forma un recinto amurallado de tres kilómetros de circuito, y se levanta en una colina de 33 metros sobre el nivel del río que baña sus cimientos.

Dentro del Kremlin hay muchas y soberbias construcciones, pertenecientes todas al Emperador de las Rusias: el antiguo palacio-fortaleza que edificó el príncipe Daniel Alejandro en 1280 y reconstruyó grandiosamente, después de un incendio, el soberano Dmitri Iwanowitch Donskoi; el nuevo palacio de los emperadores, concluido suntuosamente

en 1849 por el Czar Nicolás I; el arsenal, rodeado de 875 cañones, franceses la gran mayoría, tomados por los rusos en la guerra de 1812; la catedral de las Sepulturas, ó Pantheon Imperial, donde yacen los restos mortales de príncipes y czares, hasta el antecesor de Pedro I el Grande; la catedral de la Asunción, llamada *Uspenki Sabor*, donde se verifica la coronación de los emperadores.

Guárdanse en el tesoro de esta última iglesia las insignias de la corona de Rusia que se emplean en el acto solemne de la coronación: son las coronas del Emperador y la Emperatriz, el cetro, el globo del Imperio y dos cadenas de San Andrés.

Catalina II, al subir al trono, confirió á un diamantista suizo, Jeremías Panzié, el difícil encargo de construir una corona imperial que sobrepujase en magnificencia y belleza á todas las de las testas coronadas de Europa, y el artífice correspondió dignamente al deseo de la espléndida soberana: la corona del Emperador, primorosa obra de arte, es de oro macizo y tiene 58 brillantes grandes, 4.878 más pequeños, 54 perlas orientales escogidas, y un precioso rubí de gran tamaño, en forma de corazón, que sirve de base á la cruz del remate. El primer emperador que cifó sus sienes con esta riquísima corona, fué Pablo I, hijo de Catalina II, el cual fué consagrado en Moscú en 1796.

La corona de la Emperatriz, aunque más pequeña, es también de oro fino y está guarnecida de muchos brillantes.

En el mismo grabado damos una vista del exterior de la catedral de la Asunción, donde se ha efectuado la coronación del emperador Alejandro III: es un edificio característico, de sólidos muros y altas cúpulas, que se apoyan en macizos pilares, fundado en el siglo XIV y enriquecido sucesivamente por todos los emperadores hasta el desgraciado Alejandro II.

Guárdanse en este privilegiado templo riquísimas alhajas: un candelabro de plata maciza de 48 brazos, que pesa 3.000 libras; un modelo del monte Sinaí, de oro fino, de valía incomparable; una Biblia de gran tamaño, cuyas tapas son también de oro, guarnecidas de piedras preciosas y cuyas hojas están adornadas con miniaturas bellísimas del siglo XV; el trono de madera de Wladimiro el Grande, colocado sobre un pedestal de plata y oro, y el cual es objeto de veneración para los monárquicos rusos, y otras innumerables.

En nuestro grabado se pueden ver las insignias imperiales que han servido para la coronación, como la espada del siglo XVI, de un metro de longitud, damasquinada de oro con dibujos alegóricos, representando en un lado el águila imperial de dos cabezas, que sujeta con sus garras un dragón enfurecido, y en el otro un grifo que empuña la espada de la Justicia; la guarnición, de oro macizo y grandes piedras preciosas, remata en dos cabezas de águila ceñidas de imperial corona; la funda es una obra admirable de bordado con hilo de oro y diamantes.

La rodela, que data de la coronación de Catalina II, mide cerca de un metro de diámetro y está compuesta de 42 planchas de jaspe, con incrustaciones de oro, esmeraldas, rubíes y turquesas.

El globo, el cetro, los tres sellos imperiales, las cadenas de la Orden de San Andrés y todas las demás insignias, son magníficas é históricas joyas que no tienen rival en el mundo: el cetro adoptado para la coronación de Alejandro III es el famoso cetro de Pablo I, el mismo que sirvió para la coronación de Alejandro I, Nicolás I y Alejandro II, inmediatos antecesores del Czar actual; y sabido es que está enriquecido con el famoso diamante Orlov, regalado por el Conde Alexis Orlov á la emperatriz Catalina II, y el cual pesa 194 $\frac{5}{4}$ quilates, ó sea cerca de 8 $\frac{11}{16}$ más que el Koh-i-nur de la corona de Inglaterra.

Las demás vistas de nuestro grabado completan el cuadro de Moscú durante las fiestas, bellamente restaurado para una solemnidad á que conceden los rusos una importancia imponderable y de todo punto indescriptible.

FR. JERÓNIMO DE LUNA, MÁS CONOCIDO POR GUADALUPE

Célebre escritor de ciencias eclesiásticas en el siglo XVI

Nació este célebre Padre en Aragón y tomó el hábito de San Jerónimo en el monasterio de Guadalupe en Extremadura. Por aquel tiempo se estaba terminando la obra del Escorial, y el P. Guadalupe fué de los designados para la nueva fundación, donde dejó impresa la huella de su saber y de su actividad.

Bastará citar aquí, para muestra de su talento y estudios, las siguientes obras suyas, dignas de más fama de la que hoy les concedemos.

1.º *Commentaria in Hoseam Prophetam cristianae philosophiae praeceptis pie accommodata adjectis observationibus Evangeliorum concinatoribus accommodatis cum parabolis elegantissimis*, Zaragoza, 1581, en folio; León de Francia, 1587, en 8.º; en Venecia, 1604, en 4.º

2.º *Sanctissime maxinque Sancte Ecclesiae doctoris Hieronimi presbyteri stridonensis vitam ex ipsius potissimum scriptis contextam*, Toledo, 1597, en 4.º, II.

3.º *Commentaria in sacrum San Lucae Evangelium, scilicet in priora VI capita dumtaxat*, Valencia, en folio, 1595.

EL MÁRTIR DE UN SECRETO

histórico

POR RAUL DE NAVERY

(Continuación.)

Hugo salió del confesonario con la cabeza alta. El sacerdote quedó como anonadado por su impotencia: después recordó que le esperaban otros

penitentes, y abriendo la tabla que le separaba de una pobre criatura que sufría, pidió al Señor la fuerza de consolar á los que padecían y de iluminar á los ciegos.

Durante este tiempo, Ryan vino á anunciar á Isabel que podía volver á su casa sin preocuparse del alquiler, porque había comprado la pequeña fortuna de la anciana Hugo Peacock. Entonces fué cuando comprendió Isabel por qué se casaba Margarita con él.

Estrechó á la joven entre sus brazos, la tuvo mucho tiempo contra su corazón, y le pidió perdón por no haberla comprendido.

Los ancianos se conmueven fácilmente, y su cerebro no conserva por mucho tiempo las impresiones nuevas.

La anciana, contenta por volver á la casa donde había pasado toda su vida, parecía que olvidaba un poco sus prevenciones contra Hugo. Se despertaba en ella el egoísmo. ¡Pobre Isabel! Era tan vieja, había sufrido tanto hacía un año, que la idea de tener un yerno rico la reconciliaba con este casamiento.

—Eres tan buena —decía á Margarita,— que tú lo cambiarás.

Margarita no respondía. Llevaba su generosidad hasta no querer demostrar hasta qué punto sabía inmolarse por los demás.

Nada había cambiado en la casa; Isabel entró en ella con una alegría visible, y Margarita encontró en esta felicidad un alivio á su desesperación.

—¿Y tu vestido de boda, Margarita? ¿Has pensado que necesitas un vestido nuevo?

—No tendré vestido nuevo, abuela.

—No puedes ir á la iglesia de luto.

—He prometido á Peacock que no olvidaré á Dunstan; le he dicho que mi juventud estaba concluida; me casaré así, sin que tenga derecho á darme ningún cargo.

—Sé muy bien que no puedes olvidar á Dunstan, hija mía, y Dios no te prohíbe que guardes su recuerdo... Pero haces una injuria á Hugo llevando el luto de otro hasta el pie del altar.

—¿Lo cree usted así, abuela?

—Sí, hija mía.

—Entonces me pondré el vestido que me mande Hugo... Tiene usted razón. ¡Nada mío me pertenece ya!...

Una hora después entraba Ryan en casa de las dos mujeres, cargado con un gran paquete.

—Traigo los regalos de boda —dijo.— Peacock hace bien las cosas, y tiene razón, porque es rico... Hace usted un buen casamiento, Margarita, y, sin que haya contado la bolsa de Hugo, puedo asegurarlo que tiene tierras hasta en el Connaught... Esto hace que no se piense tanto en su edad... Mire usted lo que ha comprado para vos en la ciudad... Un traje de seda del color tornasolado de los hermosos pichones que tanto os gustan... Una cruz de oro con su cadena, encajes... y una bolsa; ha puesto una bolsa, en la cual suenan piezas de oro...

—Dadle gracias, Ryan.

—¿Le diré que os han agradado sus regalos?

—Decidle al menos que me los pondré...

—Buena suerte, Margarita, y hasta la vista.

Ryan cerró la puerta.

Isabel se acercó á la mesa sobre la cual estaba la tela de brillantes reflejos, y en la que brillaban las alhajas.

Margarita dejó su rueca, tomó las tijeras y se puso á cortar en silencio su traje de boda.

Isabel, para la que había traído Ryan un canasto lleno de provisiones compradas también en la ciudad, se ocupó en la comida.

Durante todo el día trabajó Margarita.

Era verdaderamente doloroso el ver á esta hermosa y pálida joven ocuparse en este rico vestido con los ojos llenos de lágrimas y el corazón lleno de dolor. Sin duda hubiera preferido coser su sudario.

Fué preciso probarse el vestido. Cuando se vió vestida con esta seda brillante, ella que había jurado llevar el luto de Dunstan toda su vida, Margarita sintió todavía un momento de debilidad. Pero resistió el dolor, y viendo que Isabel estaba animada y activa, suspiró pensando que su sacrificio no sería perdido.

El solo temor que tuvo cuando se acercó la noche fué de ver entrar á Hugo.

Y como no vino, en el fondo de su corazón le agradeció esta reserva.

Isabel durmió... Margarita no cerró los ojos.

Al ser de día, el primer objeto que saltó á su vista fué el traje de seda con sus reflejos metálicos, y la primera palabra que oyó fué el nombre de Hugo Peacock, repetido por muchas voces con diversos grados de indignación, de espanto y de la cólera más violenta.

XVIII

QUIEN HACE UN FOSO CAERÁ EN ÉL

En la posada de Owen se hacía mucho ruido. Los bebedores gritaban, brindaban, sin que el tabernero pensase en hacer ver lo tarde que era, y mostrase con política la puerta. El mismo ahogaba alegremente su razón en su vaso, y daba con él contra los de Ryan y Hugo Peadcock.

Este último, por la vez primera, y sin duda porque pensaba sería la última, bebía botellas de cerveza, absorbía una cantidad enorme de aguardiente de Ginebra, y se entregaba a una alegría tumultuosa. Enterraba su vida de soltero.

Antes de instalarse en la sala común había arreglado sus cuentas con Ryan, dándole gran parte de los beneficios. Owen entraba en posesión de su posada, Ryan venía a ser propietario de un prado y de un campo de patatas. Todos estaban contentos, y lo probaban bebiendo a placer.

Poco a poco quedó vacía la sala y se encontraron solos los tres cómplices.

Acababan de dar las once.

Ryan se cayó en el suelo. Owen lo empujó con el pie debajo de un banco, estrechó la mano que Hugo le daba, y cuando éste salió a su vez, el posadero, no teniendo fuerza para subir hasta su cuarto, se tendió sobre la mesa, manchada de vino y de licores, y no tardó en dormirse.

El aire libre le produjo a Hugo un aturdimiento; se bamboleaba andando, y silbaba una canción popular en Irlanda. Su espíritu se desahía, sin embargo, del humo de la embriaguez, y si su lengua estaba un poco pesada, si a su pensamiento le faltaba lucidez, sin embargo, no estaba tan privado para no distinguir su camino y no reconocer a las personas que pasaban junto a él.

Había un hombre en el pueblo a quien temía encontrar en este momento.

Ese hombre era el cura de la aldea.

Y en el momento en que Hugo pensaba:

— ¡Con tal que no encuentre en mi camino al cura Fritz-Roy!

Se oyó en el camino un paso rápido.

El borracho volvió la cabeza.

El sacerdote se encontraba a algunos pasos.

— ¡Al fin! — murmuró Hugo. — El camino es de todo el mundo.

Y tomando una resolución:

— Buenas noches, Hugo, respondió el sacerdote con una tristeza austera.

— ¿De dónde venís? — preguntó Peadcock.

De consolar a Pat en su agonía... Pat, al que habéis arruinado...

— Haré alguna cosa por los niños... con seguridad haré algo — dijo él con esa media lengua de los que han bebido demasiado.

— No os pregunto de donde salís, Hugo; demasiado lo veo.

— ¡De casa de Owen, señor cura! ¡De casa de Owen! He bebido a su salud, a la de Ryan, a la de Margarita... Hemos arreglado nuestras cuentas... estoy tranquilo, y los dejo contentos...

— ¡Tranquilo! repitió el sacerdote.

— Vea usted, prosiguió Peadcock, a quien el vino volvía expansivo, voy a enmendarme... Es menester concluir... Me gustaba el aguardiente y el dinero... dinero, lo tengo... aguardiente, no quiero ya más... Se está poniendo malo... Todo baja, es increíble como esto cambia... El sol está frío, el campo triste, ya no sonrío... ¡Caramba! pongo un término, me caso... ¡Mañana Margarita será mi mujer, y yo quiero hacer a Margarita feliz!

— ¡Feliz, Hugo!

— Va que yo no he de beber más ¡nunca jamás! iré a misa, señor cura... porque usted la dice como un santo... Además tengo confianza en vos... Hay personas que dicen: « Los sacerdotes católicos son unos perezosos, y la confesión no sirve para nada... Yo os he visto trabajar el día y la noche, y en cuanto a guardar el silencio... ¡Oh! ¡lo sabéis! ¡lo sabéis!... »

— Peadcock, interrumpió el sacerdote, no es el ministro de Dios el que sigue en este momento el mismo camino que vos... Es un viajero que va al lado de otro viajero... Tened cuidado con vuestras palabras y con pronunciar una sola que haga alusión a un secreto de vuestra vida.

— Sois el cura Fritz-Roy, un santo sacerdote, os venero, prosiguió el borracho, os venero, ¡por mi salvación!... No me interrumpáis... decía que tenía mucha confianza en vos... sí, confianza, porque, en fin, con una palabra podíais impedir que fuese Margarita mi mujer... Margarita, mi bella Margarita... y con una palabra podéis hacer que me ahorquen.

— ¡Silencio! dijo el sacerdote dándole en el hombro a Peadcock, por vuestra vida, ¡silencio! porque

aquí quien os escucha es un hombre... ¡yo hago por preservaros de vuestra pérdida todo lo que puede el último esfuerzo de la caridad! Callaos, Hugo, por compasión, por vos mismo.

— Sí, con una palabra, continuó Hugo... ¡y vos sois bueno, muy bueno al decirme que me calle!... ¡Estoy muy contento, y esto me agrada, caramba! Por eso os cuento mis pequeños asuntos... Suponiendo que tuviese alguna cosa sobre mi conciencia, vos no me delataréis jamás...

El confesonario está lejos, no os pido la absolución; pero esto es igual, sois mi amigo, y se dice todo a sus amigos, ¿no es verdad?

— Yo no soy amigo vuestro, dijo el sacerdote con un estremecimiento interior.

— No sois mi amigo, ¡ah! ¡ah! esto es gracioso; y bien, yo lo soy vuestro, tengo confianza en vos, os quiero... y despues, de cuando en cuando, es menester referir lo que pesa sobre el corazón... Mañana Margarita será mi mujer, y habré concluido con mis recuerdos... ¡Oh! mis recuerdos... sois muy feliz... Si se pregunta donde va el cura Fritz...

— Voy, se puede responder: A la iglesia.

¿De dónde viene? De visitar un pobre.

¿En qué ha empleado su vida? En hacer bien... Pero yo, por la noche, algunas veces, tengo un miedo... veo sombras famélicas que me maldicen, otra sombra que me enseña una herida... Entonces ¡bebo! ¡bebo! hasta que la embriaguez disipa estas sombras... las sombras...

El cura apresuraba el paso.

Hacía un esfuerzo supremo para huir de la compañía de Peadcock.

Pero el borracho lo cogió por un brazo.

— ¿Vos no veis nunca figuras sangrientas?

— Veo la imagen del Crucificado, Hugo.

Peadcock prosiguió:

— No he bebido bastante esta noche... ó los chopos hacen sombras grandes... allí abajo... allí abajo, no distingo nada...

— Los brazos negros del calvario, Hugo.

Y el sacerdote se acordó que había puesto en estos escalones el cuerpo sangriento de su hermano Dunstan. Peadcock tenía asido muy fuertemente al sacerdote por el puño.

De repente se paró. Y extendiendo la mano, dió en el suelo con el pie, diciendo:

— ¡Aquí! ¡aquí!

— Acuérdate que soy el hermano de Dunstan, exclamó el sacerdote.

— ¡Dunstan! aquí fué donde lo asesinó.

Y Hugo Peadcock soltó el puño de Fritz-Roy.

Pero estas palabras: « Aquí es donde lo asesinó » acababan de operar en toda la persona del sacerdote una transformación súbita. Por un gesto rápido como el pensamiento arrancó su cinturón, después, cogiendo los brazos de Peadcock, sorprendido de este brusco ataque:

— ¡Ah, exclamó Fritz-Roy, ¡Dios ha permitido que confesaseis tu crimen en el mismo sitio que lo has cometido... acababa de prevenirte que había desaparecido el sacerdote! ¡Estás perdido, Hugo, no hay en el camino del asesinato más que el vengador de Dunstan!

En un minuto fué amarrado Hugo Peadcock.

El miserable se quedó como atontado y no hizo nada para defenderse. No preguntó a Fritz-Roy dónde lo llevaba.

Amarrado fuertemente y teniéndolo asido, se echó a andar. El sacerdote lo condujo a la puerta del juez; cuando lo reconoció, Hugo no trató de huir.

La convicción de que estaba perdido paralizaba sus fuerzas, ya muy disminuidas por la embriaguez.

Fritz-Roy llamó bruscamente a la puerta del magistrado. Cuando el criado vió al sacerdote, comprendió que se trataba de una cosa grave. Corrió a despertar a su amo. Un cuarto de hora después, Davidson se presentó al cura y al criminal.

— Señor — dijo el sacerdote, — ahora mismo... en el camino que él seguía, lo mismo que yo... Hugo Peadcock vino a decirme mostrándome el campo de Josuah: — « Aquí es donde he asesinado a vuestro hermano. » — No es el confesor el que ha oído esta horrible confesión, sino el hombre lastimado en sus sentimientos, los más caros... el hijo de la madre que ha muerto de desesperación... el hermano que aún llora a su hermano mayor...

— Comprendo esta distinción, señor Fritz-Roy, y estad tranquilo; aprecio vuestro carácter tanto como lo merece... Acabáis de oír al cura de este pueblo, Peadcock... ¿os acordáis de las terribles palabras que habéis pronunciado?

— Las recuerdo — balbuceó Hugo.

— ¿Y confesáis?...

— ¡Confieso!

— ¿No habíais tenido nunca ninguna sospecha, señor de Fritz-Roy?

El sacerdote no respondió.

— He confesado mi crimen — replicó Peadcock; — me ahorcarán... voy a decirlo todo... ¿por qué he hablado cerca del campo de Josuah? No lo sé... me ha impulsado una fuerza... Pero el cura Fritz-Roy sabía todo, señor juez... al día siguiente del crimen fui a decirselo.

— Pero os oía solamente el confesor, porque os acusabais en el confesonario, a los pies de Dios, protegido por el inviolable secreto de la confesión. Esta noche os he prevenido; tenía un presentimiento de que ibais a hablar, y no quería, no, no quería, por miserable que seáis, sorprender una confesión que esta vez, ante el cielo y ante los hombres, tenía derecho a denunciar a la justicia.

— Señor Fritz-Roy — dijo el juez, inclinándose con profundo respeto, — no hay expresiones capaces de explicar los sentimientos de admiración que me inspira vuestra conducta en estas circunstancias. Sí, habéis cumplido lealmente vuestro deber, hasta el fin. Se ha mostrado el sacerdote heroico; ahora nosotros debemos probar que la justicia no es una palabra vana.

Hugo había caído anonadado sobre una silla. No puso ninguna resistencia cuando vinieron a buscarle para conducirlo a la prisión; él mismo extendió sus brazos para que le pusieran las esposas.

En cuanto a Fritz-Roy, entró en la iglesia y pasó la noche rogando por la salvación del culpable.

(Se concluirá.)

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

La Linera. — Con este nombre se ha establecido en esta Corte, calle del Príncipe, núm. 12, una gran tienda de géneros de hilo, que por su excelente calidad y por su precio no admite competencia. La mayor parte son procedentes de la gran fábrica que tienen en Sigüenza los dueños de este establecimiento, de modo que pueden vender a precio de fábrica y sobre géneros de su propia labor, tan esmerada como lo permite la industria linera en España.

También tienen géneros extranjeros, de modo que es uno de los establecimientos más surtidos y más baratos de Madrid.

Creemos que al insertar esta noticia, comunicamos a nuestros suscritores un conocimiento bien útil.

Féculas de patata, arrow-root, tapioca, sagú y salep. — La fécula es una sustancia alimenticia que se encuentra en diversos órganos de las plantas, siendo en muchas de ellas objeto de explotación. Su composición química es idéntica, cualquiera que sea la planta de que proceda. De entre las que son objeto de aplicaciones industriales, se encuentra el almidón. En aplicación alimenticia casi puede decirse que no se conoce otra que la de patata, como procedente de plantas europeas.

La fécula en cuestión tiene un aspecto nacarado, y cruje de un modo especial cuando se comprime entre los dedos. Tratada por la tintura de yodo, después de disuelta en agua y filtrada, colora de azul el líquido; al paso que el almidón lo colora de amarillo ó rojo por igual tratamiento. Por este medio se distinguen estas dos féculas.

La fécula de patata contiene siempre bastante agua. La proporción es desde 16 á 50 por 100. Se falsifica ó adultera con yeso, arena blanca ó magnesia. Diluyendo la fécula en agua, estas sustancias minerales se van al fondo las primeras. También puede reconocerse su presencia incinerando una muestra de la fécula. Si es pura, no debe dejar más que 1 1/2 por 100 en peso de cenizas. También puede sujetarse la fécula al examen del microscopio para cerciorarse de su pureza. Si no ha sido adulterada, aparecerán los granos blancos, diáfanos y redondeados. De otro modo, se verán corpúsculos opacos é irregulares entre los granos de la verdadera fécula.

Las demás féculas que se aplican a la alimentación se suelen obtener de plantas procedentes de regiones tropicales ó de las que más próximas se encuentran a éstas, siendo espontáneas en otros continentes distintos del europeo. Una de las más extendidas es el *arrow-root* extraído de los rizomas de la *Maranta arundinacea* y *M. indica*. Es esta fécula muy buena para los convalecientes. Se adultera con yeso, creta, alabastro, harinas de arroz y trigo, fécula de patata y harina de casabe. Las sustancias minerales se descubren por la incineración, no debiendo exceder las cenizas del *arrow-root* puro de 1 por 100. Los granos de la harina de casabe se reconocen con el microscopio, y las harinas de arroz y trigo por los productos amoniacales que se derivan de la destilación.

La tapioca se obtiene de la raíz del *Jatropha manihot*, euforbiácea que se encuentra en las Antillas y en la América del Sur; el casabe se prepara con la pulpa de la raíz bien exprimida. Esta pulpa se extiende en forma de láminas ó pequeñas tortas sobre una placa de hierro caliente, donde, cociéndose el almidón y el mucilago, se convierte en una especie de galleta seca, que es el verdadero casabe. El jugo de la raíz del manihot, cuando se exprime para separar la pulpa, arrastra bastante fécula, la cual se separa á su vez del líquido conductor, y, húmeda todavía, se coloca sobre una plancha de hierro calentada á 100°. Bajo la influencia de este calor la fécula se contrae y se reduce á granos irregulares de cierta transparencia, que no es otra cosa que la tapioca del comercio.

El sagú proviene de la médula farinácea de varias especies de palmeras, principalmente de los *Sagus Rumphii* ó *S. laevis*, y del *S. genuina* ó *Metroxylon sagú*, que dan el de mejor calidad. Casi todo el que circula en el comercio procede de la India, Sumatra y Borneo. Toma esta fécula la forma de granos esféricos, más ó menos regulares, muy duros, elásticos y semitransparentes. Hay dos clases de sagú, el blanco y el rojo. Este último tiene un color rojizo por efecto del principio de torrefacción á que se le sujeta.

La adulteración con fécula de patata se reconoce por la menor transparencia y dureza de los granos, así como porque el sagú adulterado forma muy pronto papilla en el agua hirviendo, lo que no sucede con el puro.

Como todas las féculas, el salep, que se saca de las raíces de varias plantas exóticas del género *Orchis*, no es con mucho tan nutritivo como se ha dicho. Constituye una alimentación ligera que no puede ser nunca tan reparadora como la que se obtiene de los granos abundantes en gluten. Por lo demás, esta fécula se prepara lavando las raíces con agua hirviendo, secándolas después, moviéndolas y tamizándolas. Llámase generalmente salep de Persia, siendo su cuna el Asia Menor. Se adultera con el almidón y fécula de patata, pudiéndose reconocer estos fraudes por los medios indicados más arriba.

Cristales traslucientes y deslustrados.—Un poco de sulfato de magnesia, disuelta en cerveza con una corta cantidad de dextrina, y aplicado por medio de una esponja ó de un pincel á las vidrieras ó cristales, da lugar á que éstos aparezcan mates y como deslustrados. Para darlos un aspecto pintoresco, se colora el líquido con colores diferentes, y pueden obtenerse dibujos de hojas verdes, de flores, de tallos, sobre fondo azul, ó como se quiera; en una palabra, todos los cambiantes y coloraciones que la fantasía puede imaginar.

Si no se pone color ninguno, el cristal aparecerá

simplemente como deslustrado, dejando paso á la luz, puesto que resulta trasluciente y no opaco.

El cobre en el trigo y en el pan.—Según M. Gallype, el cobre se encuentra muy extendido en la naturaleza.

Principalmente en el trigo se encuentra el cobre. Hace más de treinta años que se ha reemplazado la cal, en la preparación de los cereales para la siembra, por el sulfato de cobre en solución, en la proporción de 125 gramos para medio saco de trigo. El consumo de sulfato de cobre para este objeto se va haciendo muy considerable, y se emplea también mezclado con el sulfato de hierro y de zinc. De este modo se introducen muchos miles de kilogramos de sulfato de cobre en las tierras de cultivo, no siendo extraño que el análisis le encuentre en el trigo y en otros vegetales.

Igualmente se encuentra en la harina y en el pan, y en este último más, porque también suelen añadirse en la panificación. Según los análisis practicados, se encuentra 0,004 gramos de sulfato de cobre por kilogramo de pan, y 0,008, y hasta 0,01 por kilogramo de trigo.

De aquí resulta que en el trigo y otros cereales, así como en el pan y otras materias alimenticias, existe normalmente el sulfato de cobre, lo cual es muy digno de tenerse en cuenta en determinados casos de análisis de materias alimenticias, en que podría creerse que había sido introducido fraudulentamente.

Nuevo motor de pólvora.—Cuando Papin ensayaba la fuerza expansiva del vapor, discurrió también en los medios de sustituir dicha fuerza por la que ocasiona la explosión de la pólvora.

Un alemán de Nordhansen, el Sr. Beck, acaba de realizar aquel pensamiento del ilustre físico. La máquina es parecida á las de vapor; lleva un cilindro con el émbolo correspondiente y la caja de distribución, funcionando todo de una manera análoga.

Las ventajas consisten en el poco espacio que ocupa, su escaso gasto de pólvora, la facilidad con que se pone en marcha sin preparativos de ninguna especie, y por fin, en que, siendo un motor automático, no necesita auxilio de nadie para verificar sus movimientos.

En Colonia se ha constituido una sociedad de ingenieros que se propone explotar esta nueva invención.

El telelogo.—El capitán del ejército francés M. Gaumet ha presentado en la Academia de Ciencias de París un notable aparato que sirve para transmitir telegramas, sin necesidad de alambres, electricidad ni nada de que pueda apercibirse nadie más que los interesados en comunicarse.

Dicho aparato está reducido á un pié de hierro en que van montados un álbum telegráfico y un telescopio: el primero, compuesto de cuarenta folios, contiene en los diez primeros todas las letras del alfabeto, y en los demás las cifras consiguientes y algunas señales convencionales para simplificar las comunicaciones.

La cuestión queda reducida á presentar rápidamente el signo ó letra que se desee, el cual es visto á gran distancia por otro operador, gracias al telescopio. En un minuto se trasmite cualquier telegrama compuesto de veinte palabras.

Este aparato está llamado á prestar grandes servicios en el arte militar, pues es el más sencillo, y sobre todo el más manuable y cómodo de cuantos se conocen para este fin. Por lo tanto, aleccionando en su ejercicio á un pequeño cuerpo de telegrafistas, puede un general en jefe comunicarse rápidamente con todas las divisiones de sus ejércitos, ó con los fuertes de un recinto cualquiera, por extensa que sea la línea de su mando.

JEROGLIFICO



La solución en el número próximo.

SOLUCIÓN AL JEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR:
Por hermosa que sea tiene espigas la rosa.

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España
calle del Príncipe, 27, Madrid.

ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

EL AGUA DE SUEZ DOLORES DE MUELAS

Vacuna de la boca, suprime instantáneamente y para siempre los dolores de muelas y por consiguiente, la Aurificación y la Estracción.—El análisis ha probado que esta agua no contiene ácido alguno, ni ninguna substancia tóxica, metálica ó narcótica. El Agua de Suez, hilo verde, empleada como dentífrico diario, es la única y sola que ha resuelto el doble problema de la supresión de la odontalgia y de la conservación de la dentadura.—La *Opíata anaranjada de Suez*, asegura su blancura sin ningún peligro.—El *Vinagrillo lácteo de Suez*, para el tocador, destruye la causa principal del Cáncer en la mujer; pero, es preciso tener mucho cuidado en no usarlo como dentífrico, porque todo ácido corrompe el aliento, y pone amarillos los dientes que acaban por desesmalarse y caerse.—Dirigirse á M. SUEZ, 10, rue Ampère, París. Madrid: R. I. Chavarrí, almacén de drogas, Atocha, 87.—J. M. Moreno, botica de la Reina Madre, Mayor, 93.—Manuel R. Hernández, farmacéutico, Mayor, 27 y 29.—Frera, perfumería, Carmen, 1.—Urquiola é hijos, perfumería, Mayor, 1.

SOCIEDAD GENERAL DE ANUNCIOS DE ESPAÑA

Esta sociedad tiene el honor de anunciar al público que en sus oficinas se reciben anuncios, reclamos y hechos varios para sus periódicos de Madrid y provincias, recibiendo también para los de todos los países de Europa, de Asia, América, Oceanía, Australia y la India.

Oficinas: Calle del Príncipe, 27, principal

Sucursal en Barcelona, Bajada de Cervantes, 4

AL PÚBLICO

Se acaba de recibir un gran surtido de sillones, sillones, sofás, banquetas de piano y recibimiento en el Bazar de sillería de madera encurvada de THONET, hermanos, Plaza del Angel, núm. 10, Madrid.

NOVÍSIMO AÑO CRISTIANO Y SANTORAL ESPAÑOL

Se ha publicado el primer tomo de esta importantísima obra, escrita con un criterio superior á todos los AÑOS CRISTIANOS Y SANTORALES publicados en España hasta el día, llena de erudición y preciosos datos históricos y críticos; es del mayor interés para todos los buenos católicos, y principalmente para los Sres. Sacerdotes dedicados á la cura de almas y á la predicación. Además de la oración, epístola y evangelios propios del día, se dan meditaciones ó reflexiones sacadas del repertorio de nuestros mejores clásicos, tales como Santa Teresa, Rivadeneira, los tres Luises, de León, de Granada y de la Puente, etc. Constará de doce tomos. Se reciben suscripciones en las oficinas de la casa editorial señores Riera y Compañía, Peligros, 20, 2.º.

PARA EL CULTO DIVINO

Atriles.	Ciriales.	Diademas.	Navetas.
Candeleros.	Coronas.	Incensarios.	Sacras.
Campánillas.	Cruces.	Lámparas.	Vinageras.

Acaba de recibirse gran surtido de candelabros en forma de ramos con azucenas, margaritas y otras flores, de 3, 4, 5, 6 y 7 luces.

Manuel García, Atocha, 45 y 47, Madrid.

COMPAÑÍA COLONIAL

Roma 1868

MEDALLA



DE ORO.

CHOCOLATES PREMIADOS POR SU SANTIDAD PIO IX

Depósito general. Calle Mayor, núms. 18 y 20.
Sucursal..... Calle de la Montera, núm. 8.

El vinagre como condimento ácido: cualidades, composición y adulteraciones. — En cantidad pequeña, y debidamente diluados, los condimentos ácidos excitan la secreción de la saliva, despiertan el apetito, moderan la sed, hacen más digeribles ciertas sustancias, especialmente las mucilaginosas, y determinan evacuaciones albinas más frecuentes. Por el contrario, tomados en gran cantidad y concentrados, irritan la mucosa gástrica y provocan la tos. Si este régimen se hace durar mucho, debilitan los órganos digestivos, alteran su sensibilidad y acaban por producir la dispepsia, alteran la nutrición y determinan el adelgazamiento general.

De entre los condimentos de esta clase más comunes por el gran consumo que de él se hace, figura el vinagre, que no es otra cosa que ácido acético debilitado. Puede obtenerse, por lo tanto, de todas las sustancias susceptibles de sufrir la fermentación alcohólica. El mejor y de más largo tiempo usado, es el vinagre de vino, cuyo color suele ser blanco, amarillento ó rojizo, según el del vino del cual proceda. Se aprecia más el blanco, pero se puede decolorar el rojo por medio del carbón animal previamente lavado con ácido clorhídrico. Facilita la decoloración la mezcla de un litro de leche desnatada en cada doscientos treinta litros de vino, siendo preciso agitar bien el líquido y dejarlo reposar después.

El vinagre de vino contiene mucha agua, una proporción variable de ácido acético, muy poco alcohol, éter acético y de azúcar, ácido málico, bitartrato de potasa, tartrato de cal, sulfato de cal, una sustancia azoada fermentescible, y otras. Los vinagres de otras clases, de que se dirá algo más adelante, difieren del de vino en que no contienen nunca tártaro.

La fuerza acética de los vinagres del comercio varía mucho. Para reconocerla se suelen emplear areómetros especiales llamados pesa-ácidos, los cuales no sirven, sin embargo, completamente para el caso, porque las sustancias que suele tener en disolución el líquido, contribuyen á hacer variar su densidad. Según Girardin, es mejor procedimiento el determinar la fuerza acética del vinagre por la cantidad de carbonato alcalino que exija para su saturación. Según sus observaciones, cien partes de buen vinagre de Orleans requieren para su neutralización 8 gramos de cal creta, ó 8 gramos 37 centigramos de carbonato de potasa seco, ó 6 gramos 59 centigramos de sal sosa seca.

En los países en que el vino es caro, se hace vinagre de la cidra, jugo de peras, cerveza, mosto de granos germinados, frambuesa, melazas, jarabes desleídos y otras sustancias; pero estos vinagres son inferiores todos al de vino. Lo mismo debe decirse de los vinagres de madera que se preparan generalmente por la destilación de la madera de haya, á pesar de que esta fabricación está muy extendida hoy.

Los vinagres de esta clase son de una fuerza acética muy grande, pero no tienen el buen gusto del de



FR. JERÓNIMO DE LUNA

MÁS CONOCIDO POR GUADALUPE.

Célebre escritor de ciencias eclesiásticas en el siglo XVI.

vino, ni son tampoco de tan buenas condiciones higiénicas y digestivas.

La falsificación más común del vinagre de vino consiste en añadirle agua, corrigiéndose después la dilatación con ácido sulfúrico ó nítrico, ó bien haciendo macerar en el líquido materias acres, tales como la pimienta, granos de mostaza, raíz de pelitre y otras sustancias cuyo sabor fuerte y persistente da al vinagre cierta apariencia de concentración acética. Estos fraudes pueden ocasionar accidentes graves. La presencia del ácido sulfúrico se reconoce vertiendo en el vinagre algunas gotas de una disolución de cloruro de calcio, calentando el líquido hasta la ebullición. Si no hay ácido sulfúrico, no se enturbia después de frío; pero si lo hay, se forma un precipitado una vez frío. Puede hacerse otro ensayo, que consiste en tomar un poco de vinagre y añadirle algunas gotas de jarabe ó algunos granos de azúcar blanco, calentando después el líquido en una cápsula de porcelana, de manera que se evapore á una

temperatura inferior á la que determina la conversión del azúcar en caramelo. Si el residuo de la evaporación es negro y carbonoso, se puede deducir que el vinagre contiene ácido sulfúrico libre.

Este último procedimiento es el que puede emplearse cuando se crea que el vinagre contiene ácido nítrico, si bien en este caso se reemplaza el azúcar ó el jarabe por raspaduras de cuerno ó de cañones de pluma de ave. Si el fraude existe, estas sustancias adquieren un tinte amarillo muy pronunciado, por cuanto el ácido nítrico desarrolla siempre esta coloración en los tejidos animales.

Para descubrir las sustancias acres, se satura el vinagre por medio de las sales de sosa, resultando que, si es puro, sólo adquiere un ligero gusto salino, no cáustico, después de la saturación, al paso que si está adulterado con aquellas sustancias, resulta con un sabor tan cáustico, que casi quema.

Cuando se sustituye el vinagre de vino por otro vinagre, se reconoce el fraude determinando la cantidad de extracto de los diversos vinagres, teniendo presente que el de vino es el que da más.

Hay vinagres que contienen á veces sales de zinc, plomo, cobre y aun arsénico, los cuales provienen siempre de las vasijas en que el líquido se ha preparado ó envasado. De todos modos, es necesario tener mucha precaución, porque estas sustancias son muy venenosas.

ADVERTENCIAS

Con el número anterior se ha comenzado á repartir á los suscritores el número 1.º del suplemento de la RIQUEZA DEL HOGAR.

De los seis números anteriores de esta Revista no se ha podido hacer edición especial, de modo que tiene una cabeza distinta, bastante menos artística por cierto que la de nuestro Suplemento. Sin embargo, los suscritores que deseen poseer esos números pueden avisarnos y los recibirán al mismo precio que el Suplemento.

Perseveramos en la idea de mejorar este ensayo, si vemos que el público nos ayuda y nos favorecen, sobre todo, las madres de familia, á las cuales va dedicado.

En el SUMARIO de nuestro número de 15 de Junio último, se cometió el error de imprenta inexplicable de atribuir la poesía EL HÉROE DEL GÉBORA á un señor MARTÍNEZ PARGA, que no existe, en vez de consignar el nombre de su autor el Sr. Brigadier de Ingenieros D. Juan de Quiroga, que es quien la suscribe.

TIPOGRAFÍA GUTENBERG, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo treinta y seis grandes columnas de texto, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.—HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.—FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.